

El Cobrador

En la puerta de la calle una dentadura enorme, debajo escrito Dr.Carvalho, Dentista. En la sala de espera vacía un cartel, Espere, el doctor está atendiendo a un cliente. Esperé media hora, la muela rabiando, la puerta se abrió y apareció una mujer acompañada de un tipo grande, de unos cuarenta años, con bata blanca.

Entré en el consultorio, me senté en el sillón, el dentista me sujetó al pescuezo una servilleta de papel. Abrí la boca y dije que la muela de atrás me dolía mucho. Miró con un espejito y preguntó cómo es que había dejado que mi boca quedara en ese estado.

Como para partirse de risa. Tienen gracia estos tipos.

Voy a tener que arrancársela, dijo. le quedan pocos dientes, y si no hacemos un trabajo rápido, los va a perder todos, hasta éstos —y dio un golpecito sonoro en los de adelante.

Una inyección de anestesia en la encía. Me mostró la muela en la punta del botador: la raíz está podrida, ¿ve?, dijo sin interés. Son cuatrocientos cruceiros.

De risa. No tengo, dije.

¿Que no tienes qué?

No tengo los cuatrocientos cruceiros. Fui caminando en dirección a la puerta.

Me cerró el paso con el cuerpo. Será mejor que pagues, dijo. Era un hombre alto, manos grandes y fuertes muñecas de tanto arrancar muelas a los desgraciados. Mi pinta, un poco canija, envalentona a cierta gente. Odio a los dentistas, a los comerciantes, a los abogados, a los industriales, a los funcionarios, a los médicos, a los ejecutivos, a toda esa canalla. Tienen muchas que pagarme todos ellos. Abrí la camisa, saqué el 38, y pregunté con tanta rabia, que una gotita de saliva salió disparada hacia su cara —¿qué tal si te meto esto en el culo? Se quedó blanco, retrocedió. Apuntándole al pecho con el revólver empecé a aliviar mi corazón: arranqué los cajones de los armarios, lo

tiré todo por el suelo, la emprendí a puntapiés con los frasquitos, como si fueran balones; daban contra la pared y estallaban. Hacer añicos las escupideras y los motores me costó más, hasta me hice daño en las manos y en los pies. El dentista me miraba, varias veces pareció a punto de saltar sobre mí, me hubiera gustado que lo hiciera, para pegarle un tiro en aquel barrigón lleno de mierda.

¡No pago nada! ¡Ya me harté de pagar!, le grité, ¡ahora soy yo quien cobra!

Le pegué un tiro en la rodilla. Tendría que haber matado a aquel hijo de puta.

La calle llena de gente. Digo, dentro de mi cabeza y a veces para afuera, ¡todos me las tienen que pagar! Me deben comida, coños, cobertores, zapatos, casa, coche, reloj, muelas; todo me lo deben. Un ciego pide limosna agitando una escudilla de aluminio con monedas. Le pego una patada en la escudilla, el tintineo de las monedas me irrita. Calle Marechal Floriano, armería, farmacia, banco, putas, fotógrafo, Light, vacuna, médico, Ducal, gente a montones. Por las mañanas no hay quien avance camino de la Central, la multitud viene arrollando como una enorme oruga que ocupa toda la acera.

Me encabronan esos tipos que andan en Mercedes. La bocina del carro también me fastidia. Anoche fui a ver a un tipo que tenía una Magnum con silenciador para vender en la Cruzada, y cuando estaba atravesando la calle tocó la bocina un sujeto que había ido a jugar tenis en uno de aquellos clubs finolis de por allá. Yo iba distraído, pensando en la Magnum, cuando sonó la bocina. Vi que el carro venía lentamente y me quedé parado frente a él.

¿Qué pasa?, gritó.

Era de noche y no había nadie por allí. Él estaba vestido de blanco. Saqué el 38 y disparé contra el parabrisas, más para cascarlo el vidrio que para darle a él. Arrancó a toda prisa, como para atropellarme o huir, o las dos cosas. Me eché a un lado, pasó el coche, los neumáticos chirriando en el asfalto. Se paró un poco más allá. Me acerqué. El tipo estaba tumbado con la cabeza hacia atrás, la cara y el cuerpo estaban cubiertos de millares de astillitas

de cristal. Sangraba mucho, con una herida en el cuello, y llevaba ya el traje blanco todo manchado de rojo.

Volvió la cabeza, que estaba apoyada en el asiento, los ojos muy abiertos, negros, y el blanco en torno era azul lechoso, como una nuez de jabuticaba por dentro. Y porque el blanco de sus ojos era azulado le dije —oye, vas a morir, ¿quieres que te pegue el tiro de gracia?

No, no, dijo con esfuerzo, por favor.

En la ventana vi a un tipo observándome. Se escondió cuando miré hacia allá. Debía haber llamado a la policía.

Salí caminando tranquilamente, volví a la Cruzada. Había sido una buena idea despedazar el parabrisas del Mercedes. Tendría que haberle pegado un tiro en el capot y otro en cada puerta, el hojalatero iba a agradecerlo.

El tipo de la Magnum ya había vuelto. ¿Traes los treinta mil? Ponlos aquí, en esta mano que no ha agarrado en su vida el tacho. Su mano era blanca, lisita, pero la mía estaba llena de cicatrices, tengo todo el cuerpo lleno de cicatrices, hasta el pito lo tengo lleno de cicatrices.

También quiero comprar una radio, le dije.

Mientras iba a buscar la radio, examiné a fondo mi Magnum. Bien engrasada, y también cargada. Con el silenciador parecía un cañón.

El perista volvió con una radio de pilas. Es japonesa, dijo.

Dale, para que lo oiga.

Lo puso.

Más alto, le pedí.

Aumentó el volumen.

Puf. Creo que murió del primer tiro. Le aticé dos más sólo para oír puf, puf.

Me deben escuela, novia, tocadiscos, respeto, sângüich de mortadela en el bar de la calle Vieira Fazenda, helado, balón de fútbol.

Me quedo frente a la televisión para aumentar mi odio. Cuando mi cólera va disminuyendo y pierdo las ganas de cobrar lo que me deben, me siento frente a la televisión y al poco tiempo me vuelve el odio. Me gustaría mucho coger al tipo que hace el

anuncio del güisqui. Está vestido, bonito, todo sanforizado, abrazado a una rubia reluciente, y echa unos cubitos de hielo en el vaso y sonríe con todos los dientes, sus dientes firmes y verdaderos; me gustaría agarrarlo y rajarle la boca con una navaja, por los dos lados, hasta las orejas, y esos dientes tan blancos quedarían todos fuera, con una sonrisa de calavera descarnada. Ahora está ahí, sonriendo, y luego besa a la rubia en la boca. Se ve que tiene prisa el hombre.

Mi arsenal está casi completo: tengo la Magnum con silenciador, un Colt Cobra 38, dos navajas, una carabina 12, un Taurus 38, un puñal y un machete. Con el machete voy a cortarle a alguien la cabeza de un solo tajo. Lo vi en el cine, en uno de esos países asiáticos, aún en tiempo de los ingleses. El ritual consistía en cortar la cabeza de un animal, creo que un búfalo, de un solo tajo. Los oficiales ingleses presidían la ceremonia un poco incómodos, pero los decapitadores eran verdaderos artistas. Un golpe seco y la cabeza del animal rodaba chorreando sangre.

En casa de una mujer que me atrapó en la calle. Coroa, dice que estudia en la escuela nocturna. Ya pasé por eso, mi escuela fue la más nocturna de todas las escuelas nocturnas del mundo, tan mala que ya ni existe. La derribaron. Hasta la calle donde estaba fue demolida. Me pregunta qué hago, y le digo que soy poeta, cosa que es rigurosamente cierta. Me pide que le recite uno de mis poemas. Ahí va: A los ricos les gusta acostarse tarde/ sólo porque saben que la chusma/ tiene que acostarse temprano para madrugar. Esa es otra oportunidad suya/ para mostrarse diferentes:/ hacer el parásito,/ despreciar a los que sudan para ganar la comida,/ dormir hasta tarde,/ tarde/ un día/ por fortuna/ demasiado tarde./

Me interrumpe preguntándome si me gusta el cine. ¿Y el poema? Ella no entiende. Sigo: Sabía bailar la samba y enamorarse/ y rodar por el suelo/ sólo por poco tiempo./ Del sudor de su rostro nada se había construido./ Quería morir con ella,/ pero eso fue otro día./ realmente otro día./ En el cine Iris, en la calle Carioca/ El Fantasma de la Ópera/ Un tío de negro/ cartera negra, el rostro oculto. en la mano un pañuelo blanco immaculado./ hacía puñetas a los espectadores;/ en aquel tiempo, en Copacabana./otro/ que ni apellido tenía./ se bebía los orines de los mingitorios de los cines/ y su rostro era verde e inolvidable./ La Historia está hecha de gente muerta/ y el futuro

de gente que va a morir./ ¿Crees que ella va a sufrir?/ Es fuerte, aguantará./ Aguantaría también si fuera débil./ Ahora bien, tú, no sé./ Fingiste tanto tiempo, pegaste bofetadas y gritos. mentiste./ Estás cansado/, has terminado/ no sé qué es lo que te mantiene vivo./

No entendía de poesía. Estaba sólo conmigo y quería fingir indiferencia, bostezaba desesperadamente. La eterna trapecería de las mujeres.

Me das miedo, acabó confesando.

Esta pendeja no me debe nada, pensé, vive con estrechuras en su pisito, tiene los ojos hinchados de beber porquerías y de leer la vida de las niñas bien en la revista Vogue.

¿Quieres que te mate?, pregunté mientras bebíamos güisqui de garrafa.

Quiero que me revuelques en la cama, se rió ansiosa, dubitativa.

¿Acabar con ella? Nunca había estrangulado a nadie con mis propias manos. No tiene mucho estilo, ni drama, estrangular a alguien; es como si fuera una pelea callejera. Pero, pese a todo, tenía ganas de estrangular a alguien, pero no a una desgraciada como aquélla. Para un don nadie basta quizá con un tiro en la nuca.

Lo he venido pensando últimamente. Se había quitado la ropa: pechos mustios y colgantes; los pezones como pasas gigantes que alguien hubiera pisoteado; los muslos flácidos, con celulitis, gelatina estragada con pedazos de fruta podrida.

Estoy muerta de frío, dijo.

Me eché encima de ella. Me cogió por el cuello, su boca y la lengua en mi boca, una vagina chorreante, cálida y olorosa.

Cogimos.

Ahora se ha quedado dormida.

Soy justo.

Leo los periódicos. La muerte del perista de la Cruzada ni viene en las noticias. El señoritingo del Mercedes con ropa de tenis murió en el Miguel Couto y los periódicos dicen que fue asaltado por el bandido Boca Ancha. Es como para morirse de risa.

Hago un poema titulado Infancia o Nuevos Olores de Coño con U: Aquí estoy de nuevo/ oyendo a los Beatles/ en Radio Mundial/ a las nueve de la noche/ en un cuarto que podía ser/ y era/ el de un santo mártir./ No había pecado/ y no sé porqué me

condenaban/ por ser inocente o por estúpido. De todos modos/ el suelo seguía allí/ para zambullirse./ Cuando no se tiene dinero/ es conveniente tener músculos/ y odio./

Leo los periódicos para saber qué es lo que están comiendo, bebiendo, haciendo. Quiero vivir mucho para tener tiempo de matarlos a todos.

Desde la calle veo la fiesta en la Vieira Souto, las mujeres con vestido de noche, los hombres de negro. Camino lentamente, de un lado a otro, por la calle; no quiero despertar sospechas y el machete lo llevo por dentro del pantalón, amarrado; no me deja caminar bien. Parezco un lisiado, me siento como un lisiado. Un matrimonio de mediana edad pasa a mi lado y me mira con pena; también yo siento pena de mí, cojo, y me duele la pierna.

Desde la acera veo a los camareros sirviendo champán francés. A esa gente le gusta el champán francés, la ropa francesa, la lengua francesa.

Estaba allí desde las nueve, cuando pasé por delante, bien pertrechado de armas, entregado a la suerte y al azar, y la fiesta surgió ante mí.

Los estacionamientos que había ante la casa se ocuparon pronto todos, y los coches de los asistentes tuvieron que estacionarse en las oscuras calles laterales. Me interesó mucho uno, rojo, y en él, un hombre y una mujer, jóvenes y elegantes los dos. Fueron hasta el edificio sin cruzar palabra; él, ajustándose la pajarita, y ella, el vestido y el peinado. Se preparaban para una entrada triunfal, pero desde la acera veo que su llegada fue, como la de los otros, recibida con total desinterés. La gente se acicala en el peluquero, en la modista, en los salones de masaje y sólo el espejo les presta, en las fiestas, la atención que esperaban. Vi a la mujer con su vestido azul flotante y murmuré: te voy a prestar la atención que te mereces, por algo te pusiste tus mejores braguitas y has ido tantas veces a la modista y te has pasado tantas cremas por la piel y te has puesto un perfume tan caro.

Fueron los últimos en salir. No andaban con la misma firmeza y discutían irritados, voces pastosas, confusas.

Llegué junto a ellos en el momento en que el hombre abría la puerta del coche. Yo venía cojeando y él apenas me lanzó una mirada distraída, a ver quién era, y descubrió sólo a un inofensivo inválido de poca monta.

Le apoyé la pistola en la espalda.

Haz lo que te diga o mato a los dos, dije.

Entrar con la pata rígida en el estrecho asiento de atrás no fue fácil. Quedé medio tumbado, con la pistola apuntando a su cabeza. Le mandé que tirara hacia la Barra de Tijuca. Saque el machete de dentro del pantalón cuando me dijo, llévate el dinero y el coche y déjanos aquí. Estábamos frente al Hotel Nacional. De risa. Él estaba ya sobrio y quería tomarse el último güisquito mientras daba cuenta a la policía por teléfono. Hay gente que se cree que la vida es una fiesta. Seguimos por el Recreio dos Bandeirantes hasta llegar a una playa desierta. Saltamos. Dejé los faros encendidos.

Nosotros no le hemos hecho nada, dijo él.

¿Que no? De risa. Sentí el odio inundándome los oídos, las manos, la boca, todo mi cuerpo, un gusto de vinagre y de lágrimas.

Está embarazada, dijo él señalando a la mujer, va a ser nuestro primer hijo.

Miré la barriga de aquella esbelta mujer y decidí ser misericordioso, y dije, puf, allá donde debía estar su ombligo y me cargué al feto. La mujer cayó de bruces. Le apoyé la pistola en la sien y dejé allí un agujero como la boca de una mina.

El hombre presenció todo sin decir ni una palabra, la cartera del dinero en su mano tendida. Cogí la cartera y la tiré al aire y cuando iba cayendo le di un taconazo, con la zurda, echándola lejos.

Le até las manos a la espalda con un cordel que llevaba. Después le amarré los pies.

Arrodillate, le dije.

Se arrodilló.

Los faros iluminaban su cuerpo. Me arrodillé a su lado, le quité la pajarita, doblé el cuello de la camisa, dejándole el pescuezo al aire.

Inclina la cabeza, ordené.

La inclinó. Levanté el machete, sujeto con las dos manos, vi las estrellas en el cielo, la noche inmensa, el firmamento infinito e hice caer el machete, estrella de acero, con toda mi fuerza, justo en medio del pescuezo.

La cabeza no cayó y él intentó levantarse agitándose como una gallina atontada en manos de una cocinera incompetente. Le di otro golpe, y otro más y otro, y la cabeza no rodaba

por el suelo. Se había desmayado o había muerto con la condenada cabeza aquella sujeta al pescuezo. Empujé el cuerpo sobre la salpicadera del coche. El cuello quedó en buena posición. Me concentré como un atleta a punto de dar un salto mortal. Esta vez, mientras el machete describía su corto recorrido mutilante zumbando, hendiendo el aire, yo sabía que iba a conseguir lo que quería. ¡Broc!, la cabeza salió rodando por la arena. Alcé el alfanje y grité: ¡Salve el Cobrador! Di un tremendo grito que no era palabra alguna, sino un aullido prolongado y fuerte, para que todos los animales se estremecieran y se largaran de allí. Por donde yo paso se derrite el asfalto.

Una caja negra bajo el brazo. Digo con la lengua trabada que soy el fontanero y que voy al departamento doscientos uno. Al portero le hace gracia mi lengua estropajosa y me manda subir. Empiezo por el último piso. Soy el fontanero (lengua normal ahora), vengo a arreglar eso. Por la abertura, dos ojos: nadie ha llamado al fontanero. Bajo al séptimo, lo mismo. Sólo tengo suerte en el primer piso.

La criada me abrió la puerta y gritó hacia dentro, es el fontanero. Salió una muchacha en camisón, un frasquito de esmalte de uñas en la mano, bonita, unos veinticinco años.

Debe haber un error, dijo, no necesitamos al fontanero.

Saqué la Cobra de dentro de la funda. Claro que lo necesitan, y quietas o me las cargo a las dos. ¿Hay alguien más en casa? El marido estaba trabajando, y el chiquillo en la escuela. Agarré a la criadita, le tapé la boca con esparadrapo. Me llevé a la mujer al cuarto.

Desnúdate.

No me voy a quitar la ropa, dijo con la cabeza erguida.

Me lo deben todo, té, calcetines, cine, filete y coño; anda, rápido. Le di un porrazo en la cabeza. Cayó en la cama, con una marca roja en la cara. No me la quito. Le arranqué el camisón, las braguitas. No llevaba sostén. Le abrí las piernas. Coloqué las rodillas sobre sus muslos. Tenía una pelambrea basta y negra. Se quedó quieta, con los ojos cerrados. No fue fácil entrar en aquella selva oscura, el coño estaba apretado y seco. Me incliné, abrí la vagina y escupí allá adentro, un gargajo gordo. Pero tampoco así fue fácil. Sentía la verga desollada. Empezó a gemir cuando se la hundí con toda mi fuerza hasta el fin. Mientras la metía y sacaba

le iba pasando la lengua por los pechos, por la oreja, por el cuello, y le pasaba levemente el dedo por el culo, le acariciaba las nalgas. Mi palo empezó a quedar lubricado por los jugos de su vagina, ahora tibia y viscosa.

Como ya no me tenía miedo, o quizá porque lo tenía, se vino antes que yo. Con lo que me iba saliendo aún, le dibujé un círculo alrededor del ombligo.

A ver si dejan de abrir la puerta al fontanero, dije, antes de marcharme.

Salgo de la buharda de la calle del Visconde de Maranguape. Un agujero en cada muela lleno de cera del Dr. Lustosa/ masticar con los dientes de adelante/ caray con la foto de la revista/ libros robados./ Me voy a la playa.

Dos mujeres charlan en la arena; una está bronceada por el sol, lleva un pañuelo en la cabeza; la otra está muy blanca, debe ir poco a la playa; tienen las dos un cuerpo muy bonito; el trasero de la pálida es el trasero más hermoso que he visto en mi vida. Me siento cerca y me quedo mirándola. Se dan cuenta de mi interés y empiezan a menearse inquietas, a decir cosas con el cuerpo, a hacer movimientos tentadores con el trasero. En la playa todos somos iguales, nosotros, los jodidos, y ellos. Y nosotros quedamos incluso mejor, porque no tenemos esos barrigones y el culazo blando de los parásitos. Me gusta la paliducha esa. Y ella parece interesada por mí, me mira de reojo. Se ríen, se ríen, enseñando los dientes. Se despiden, y la blanca se va andando hacia Ipanema, el agua mojando sus pies. Me acerco y voy caminando junto a ella, sin saber qué decir.

Soy tímido, he llevado tantos estacazos en la vida, y el pelo de ella se ve cuidado y fino, su tórax es esbelto, los senos pequeños, los muslos sólidos, torneados, musculosos y el trasero formado por dos hemisferios consistentes. Cuerpo de bailarina.

¿Estudias ballet?

Estudié, dice. Me sonrío. ¿Cómo puede tener alguien una boca tan bonita? Me dan ganas de lamer su boca diente a diente. ¿Vives por aquí?, me pregunta. Sí, miento. Ella me señala una casa en la playa, toda de mármol.

De vuelta a la calle del Visconde de Maranguape. Hago tiempo para ir a la casa de la paliducha. Se llama Ana. Me gusta Ana, palindrómico. Afilo el machete en una piedra especial, el cuello

de aquel señorito era muy duro. Los periódicos dedicaron mucho espacio a la pareja que maté en la Barra. La chica era hija de uno de esos hijos de puta que se hacen ricos, en Sergipe o Piauí, robando a los muertos de hambre, y luego se vienen a Rio, y los hijos de cara chata ya no tienen acento, se tiñen el pelo de rubio y dicen que descienden de holandeses.

Los cronistas de sociedad estaban consternados. Aquel par de señoritos que me cargué estaban a punto de salir hacia París. Ya no hay seguridad en las calles, decían los titulares de un periódico. De risa. Tiré los calzoncillos al aire e intenté cortarlos de un tajo como hacía Saladino (con un lienzo de seda) en el cine.

Ahora ya no hacen cimitarras como las de antes/ Soy una hecatombe/ No fue ni Dios ni el Diablo/ quien me hizo vengador/ Fui yo mismo/ Soy el Hombre-Pene/ Soy el Cobrador./

Voy al cuarto donde doña Clotilde está acostada desde hace tres años. Doña Clotilde es la dueña de la buhardilla.

¿Quiere que barra la habitación?, le pregunto.

No, hijo mío; sólo quería que me pusieras la inyección de trinevral antes de marcharte.

Hiervo la jeringa, preparó la inyección. El culo de doña Clotilde está seco como una hoja vieja y arrugada de papel arroz.

Vienes que ni caído del cielo, hijo mío. Ha sido Dios quien te ha enviado, dice.

Doña Clotilde no tiene nada, podría levantarse e ir de compras al supermercado. Su mal está en la cabeza. Y después de pasarse tres años acostada, sólo se levanta para hacer pipí y caquitas, que ni fuerzas debe tener.

El día menos pensado le pego un tiro en la nuca.

Cuando satisfago mi odio me siento poseído por una sensación de victoria, de euforia, que me da ganas de bailar —doy pequeños aullidos, gruño sonidos inarticulados, más cerca de la música que de la poesía, y mis pies se deslizan por el suelo, mi cuerpo se mueve con un ritmo hecho de balanceos y de saltos, como un salvaje, o como un mono.

Quien quiera mandar en mí, puede quererlo, pero morirá. Tengo ganas de acabar con un figurón de éstos que muestran en la tele su cara paternal de beilaco triunfador, con una de esas personas de sangre espesa a fuerza de caviars y champán. Come caviar/ tu hora va a llegar./ Me deben una muchacha de veinte

años, llena de dientes y perfume. ¿La de la casa de mármol? Entro y me está esperando, sentada en la sala, quieta, inmóvil, el pelo muy negro, la cara blanca, parece una fotografía.

Bueno, vámonos, le digo. Me pregunta si traigo coche. Le digo que no tengo coche. Ella sí tiene. Bajamos por el ascensor de servicio y salimos en el garaje, entramos en un Puma convertible.

Al cabo de un rato le pregunto si puedo conducir y cambiamos de sitio. ¿Te parece bien a Petrópolis?, pregunto. Subimos a la sierra sin decir palabra, ella mirándome. Cuando llegamos a Petrópolis me pide que pare en un restaurante. Le digo que no tengo ni dinero ni hambre, pero ella tiene las dos cosas, come vorazmente, como si temiera que en cualquier momento vinieran a retirarle el plato. En la mesa de al lado, un grupo de muchachos bebiendo y hablando a gritos, jóvenes ejecutivos que suben el viernes y que beben antes de encontrarse con madame toda acicalada para jugar cartas o para chismorrear mientras van catando quesos y vinos. Odio a los ejecutivos. Acaba de comer y dice, ¿qué hacemos ahora? Ahora vamos a regresar, le digo, y bajamos la sierra, yo conduciendo como un rayo, ella mirándome. Mi vida no tiene sentido, hasta he pensado en suicidarme, dice. Paro en la calle del Visconde de Maranguape. ¿Aquí vives? Salgo sin decir nada. Ella viene detrás: ¿cuándo te volveré a ver? Entro y mientras voy subiendo las escaleras oigo el ruido del coche que se pone en marcha.

Top Executive Club. Usted merece el mejor relax, hecho de cariño y comprensión. Nuestras masajistas son expertas. Elegancia y discreción.

Anoto la dirección y me encamino a un local, una casa, en Ipanema. Espero a que él salga, vestido con traje gris, chaleco, cartera negra, zapatos brillantes, pelo planchado. Saco un papel del bolsillo, como alguien que anda en busca de una dirección, y voy siguiéndole hasta el coche. Estos cabrones siempre cierran el coche con llave, saben que el mundo está lleno de ladrones, también ellos lo son, pero nadie los agarra. Mientras abre el coche, le meto el revólver en la barriga. Dos hombres, uno frente al otro, hablando no llaman la atención. Meter el revólver en la espalda asusta más, pero eso sólo debe hacerse en lugares desiertos.

Estáte quieto o te lleno de plomo esa barrigota ejecutiva.

Tiene el aire petulante y al mismo tiempo ordinario del ambicioso ascendente inmigrado del interior, deslumbrado por las crónicas de sociedad, consumista, elector de la Arena, católico, cursillista, patriota, mayordomista y bocalibrista, los hijos estudiando en la Universidad, la mujer dedicada a la decoración de interiores y socia de una butique.

A ver, ejecutivo, ¿qué te hizo la masajista? ¿Te hizo una puñeta o te la chupó?

Bueno, usted es un hombre y sabe de estas cosas, dijo. Palabras de ejecutivo con chofer de taxi o ascensorista. Desde Botucatu a la Dictadura, cree que se ha enfrentado ya con todas las situaciones de crisis.

Qué hombre ni qué niño muerto, digo suavemente, soy el Cobrador.

¡Soy el Cobrador!, grito.

Empieza a ponerse del color del traje. Piensa que estoy loco y él aún no se ha enfrentado con ningún loco en su maldito despacho con aire acondicionado.

Vamos a tu casa, le digo.

No vivo aquí, en Rio, vivo en Saõ Paulo, dice. Ha perdido el valor, pero no las mañas. ¿Y el carro?, le pregunto. ¿El carro? ¿Qué carro? ¿Ése con matrícula de Rio? Tengo mujer y tres hijos, intenta cambiar de conversación. ¿Qué es esto? ¿Una disculpa, una contrasena, habeas corpus, salvoconducto? Le mando parar el coche. Puf, puf, puf, un tiro por cada hijo, en el pecho. El de la mujer en la cabeza, puf.

Para olvidar a la chica de la casa de mármol voy a jugar futbol a un descampado. Tres horas seguidas, mis piernas todas arruinadas de los patadones que me llevé, el dedo gordo del pie derecho hinchado, tal vez roto. Me siento, sudoroso, a un lado del campo, junto a un negro que lee *O Dia*. Los titulares me interesan, le pido el periódico, el tío me dice ¿por qué no te compras uno si quieres leerlo? No me enfado. El tipo tiene pocos dientes, dos o tres, retorcidos y oscuros. Digo, bueno, no vamos a pelearnos por eso. Compró dos perros calientes y dos cocas, le doy la mitad y él me da el periódico. Los titulares dicen: La policía anda en busca del loco de la Magnum. Le devuelvo el periódico, él no lo acepta, sonríe para mí mientras mastica con los dientes de adelante, o mejor con las encías de adelante, que, de tanto usarlas, las tiene

afiladas como navajas. Noticia del diario: Un grupo de peces gordos de la zona sur haciendo preparativos para el tradicional Baile de Navidad —Primer Grito del Carnaval. El baile empieza el día 24 y termina el día 1° del Año Nuevo; vienen hacendados de la Argentina, herederos alemanes, artistas norteamericanos, ejecutivos japoneses, el parasitismo internacional. La Navidad se ha convertido en una fiesta. Bebida, locura, orgía, despilfarro.

El Primer Grito del Carnaval. De risa. Tienen gracia estos tipos...

Un loco se tiró desde el puente de Niterói y estuvo nadando doce horas hasta que dio con él una lancha de salvamento. Y no agarró ni un resfriado.

Cuarenta viejos mueren en el incendio de un asilo, las familias lo celebrarán.

Acabo de poner la inyección de trinevral a doña Clotilde cuando llaman al timbre. Nunca llama nadie al timbre de la buhardilla. Yo hago las compras, arreglo la casa. Doña Clotilde no tiene parientes. Miro desde el balcón. Es Ana Palindrómica.

Hablamos en la calle. ¿Estás huyendo de mí?, pregunta. Más o menos, digo. Subo con ella a la buhardilla. Doña Clotilde, estoy aquí con una chica, ¿puedo llevarla al cuarto? Hijo mío, la casa es tuya, haz lo que quieras; pero me gustaría verla.

Nos quedamos de pie al lado de la cama. Doña Clotilde se queda mirando a Ana un tiempo inmenso. Se le llenan los ojos de lágrimas. Yo rezaba todas las noches, solloza, todas las noches, para que encontraras una chica como ésta. Alza los brazos flacos cubiertos de colgajos de piel flácida, junta las manos y dice, oh Dios mío, gracias, gracias.

Estamos en mi cuarto, de pie, ceja contra ceja, como en el poema, y la desnudo, y ella me desnuda a mí, y su cuerpo es tan hermoso que siento una opresión en la garganta, lágrimas en mi rostro, ojos ardiendo, mis manos tiemblan y ahora estamos acostados, uno en el otro, entrelazados, gimiendo, y más, y más, sin parar, ella grita, la boca abierta, los dientes blancos como de un elefante joven, ¡ay, ay, adoro tu obsesión!, grita ella, agua y sal y humores chorrean de nuestros cuerpos, sin parar.

Ahora, mucho después, acostados, mirándonos uno al otro hipnotizados hasta que anochece y nuestros rostros brillan

en la oscuridad y el perfume de su cuerpo traspasa las paredes de la habitación.

Ana despertó antes que yo y la luz ya está encendida. ¿Sólo tienes libros de poesía? Y todas estas armas, ¿para qué? Coge la Magnum del armario, carne blanca y acero negro, apunta hacia mí. Me siento en la cama.

¿Quieres disparar? Puedes disparar, la vieja no va a oír. Pero un poco más arriba. Con la punta del dedo alzo el cañón hasta la altura de mi frente. Aquí no duele.

¿Has matado a alguien alguna vez? Ana apunta el arma a mi cabeza.

Sí.

¿Y te gustó?

Sí.

¿Qué sentiste?

Un alivio.

¿Como nosotros dos en la cama?

No, no. Otra cosa. Lo contrario.

Yo no te tengo miedo, Ana dice.

Ni yo a ti. Te quiero.

Hablamos hasta el amanecer. Siento una especie de fiebre. Hago café para doña Clotilde y se lo llevo a la cama. Voy a salir con Ana, digo. Dios oyó mis oraciones, dice la vieja entre trago y trago.

Hoy es 24 de diciembre. día del Baile de Navidad o Primer Grito del Carnaval. Ana Palindrómica se ha ido de casa y vive conmigo. Mi odio ahora es diferente. Tengo una misión. Siempre he tenido una misión y no lo sabía. Ahora lo sé. Ana me ha ayudado a ver. Sé que si todos los jodidos hicieran lo que yo, el mundo sería mejor y más justo. Ana me ha enseñado a usar los explosivos y creo que estoy ya preparado para este cambio de escala. Andar matándolos uno a uno es cosa mística, y ya me he liberado de eso. En el Baile de Navidad mataremos convencionalmente a los que podamos. Será mi último gesto romántico inconsecuente. Elegimos para iniciar la nueva fase a los consumistas asquerosos de un supermercado de la zona sur. Los matará una bomba de gran poder explosivo. Adiós machete, adiós puñal, adiós mi rifle, mi Colt Cobra, mi Magnum, hoy será el último día que los use. Beso mi cuchillo. Hoy usaré explosivos, reventaré a la gente, lograré

fama, ya no seré sólo el loco de la Magnum. Tampoco volveré a salir por el parque de Flamengo mirando los árboles, los troncos, la raíz, las hojas, la sombra, eligiendo el árbol que quería tener, que siempre quise tener, un pedazo de suelo de tierra apisonada. Y los vi crecer en el parque, y me alegraba cuando llovía, y la tierra se empapaba de agua, las hojas lavadas por la lluvia, el viento balanceando las ramas, mientras los automóviles de los canallas pasaban velozmente sin que ellos miraran siquiera a los lados. Ya no pierdo mi tiempo con sueños.

El mundo entero sabrá quién eres tú, quiénes somos nosotros, dice Ana.

Noticia: El gobernador se va a disfrazar de Papá Noel. Noticia: Menos festejos y más meditación, vamos a purificar el corazón. Noticia: No faltará cerveza. No faltarán pavos. Noticia: Los festejos navideños causarán este año más víctimas de tráfico y de agresiones que en años anteriores. Policía y hospitales se preparan para las celebraciones de Navidad. El cardenal en la televisión: la fiesta de Navidad ha sido desfigurada, su sentido no es éste, esa historia del Papá Noel es una desgraciada invención. El cardenal afirma que Papá Noel es un payaso ficticio.

La víspera de Navidad es un buen día para que esa gente pague lo que debe, dice Ana. Al Papá Noel del baile quiero matarlo yo mismo a cuchilladas, digo.

Le leo a Ana lo que he escrito, nuestro mensaje de Navidad para los periódicos. Nada de salir matando a diestra y siniestra, sin objetivo definido. Hasta ahora no sabía qué quería, no buscaba un resultado práctico, mi odio se estaba desperdiciando. Estaba en lo cierto por lo que a mis impulsos se refiere, pero mi equivocación consistía en no saber quién era el enemigo y por qué era enemigo. Ahora lo sé. Ana me lo enseñó. Y mi ejemplo debe ser seguido por otros, sólo así cambiaremos el mundo. Ésta es la síntesis de nuestro manifiesto.

Metó las armas en una maleta. Ana tira tan bien como yo, sólo que no sabe manejar el cuchillo, pero ésta es ahora un arma obsoleta. Le decimos adiós a doña Clotilde. Metemos la maleta en el coche. Vamos al Baile de Navidad. No faltará cerveza, ni pavos. Ni sangre. Se cierra un ciclo de mi vida y se abre otro.

Debían de ser las tres y allá adentro todas las mesas estaban ocupadas, la pista llena de gente bailando, la música estridente, cuando el camarero llegó a la puerta y dijo, el patrón está llamando. El patrón es un carajo, dije, pero fui tras el camarero. El dueño de la casa estaba en el bar y dijo apuntando a una de las mesas, aquel sujeto se está portando de manera inconveniente, échalo. De lejos identifiqué al tipejo, uno de esos que de vez en cuando le da por hacerse el macho desesperado indomable, pero no pasa de ser un baboso queriendo impresionar a las niñas y allí estaba ella, la niña, agarrada al brazo del hombrón y él fingiendo la furia sanguinaria, tirando una que otra silla al suelo. Yo me como a esos tipos. Ya había puesto fuera a un montón, en la época de gorila, basta cogerlos por la ropa, ni hace falta mucha fuerza, que ellos van saliendo en seguida, hablan alto, protestan, amenazan, pero no dan ningún trabajo, no son nada, es lo único que hacen, y al día siguiente le cuentan a los amigos que cerraron la boite y que no me rompieron la cabeza únicamente porque la chica no los dejó. Entonces me acordé del dueño de la casa, me pondría realmente a la calle, puta madre, estaba cansado de que abusaran de mí, y allí delante estaba aquella pagoda china, llena de brillos y espejos, para ser destrozada, ¿iba a dejar pasar la oportunidad? Le dije al bestia, sólo para irritar, ¿está nerviucito?, tú y tu puta de al lado se me van largando ya. ¿Y qué tal que el idiota se arrugó y fue saliendo mansamente? Pero mi suerte quería que me encontrara con tres tipos grandulones, encarándome, locos por desgraciarme, y al momento le dije al más feo, ¿qué me ves?, ¿quieres llevarte un madrazo? Para poder forzarlos a decidirse le di un madrazo mero en medio de los cuernos a la mujer que estaba con ellos. Entonces ocurrió la cagada, estalló el desorden como un trueno, de repente había diez tipos peleando, el negro que llevaba las sobras también daba y entraba en el conflicto, corrí hacia adentro del bar y no sobró una botella, las lámparas se fueron al carajo, la luz se apagó, un huracán tremendo que cuando acabó sólo dejó en pie las paredes de ladrillo. Después que la policía llegó y se marchó, le dije al dueño de la casa, vas a pagarme el hospital y el dentista también, creo que perdí tres dientes en este rollo, me reventé para defender tu casa, merezco una lana de gratificación que, pensándolo bien, la quiero ahora mismo. Ahora. El dueño de la casa estaba sentado, se levantó, fue a la caja, cogió un paquete de dinero y me lo dio. Cogí mi envoltorio y me fui. Puta madre.

Paseo nocturno

Parte I

Llegué a casa con el portafolios lleno de papeles, informes, estudios, investigaciones, propuestas, contratos. Mi mujer, jugando solitario en la cama, un vaso de güisqui en la mesita de noche, dijo, sin quitar los ojos de las cartas, tienes un aire cansado. Los sonidos de la casa: mi hija en su cuarto ensayando modulación de voz, la música cuadrafónica del cuarto de mi hijo. ¿No vas a dejar esa maleta?, preguntó mi mujer, quítate esa ropa, bébete un güisquito, necesitas aprender a relajarte.

Fui a la biblioteca, el lugar de la casa donde me gustaba quedar aislado y como siempre no hice nada. Abrí el volumen de investigaciones sobre el escritorio, no vi las letras ni los números, sólo esperaba. No paras de trabajar, apuesto que tus socios no trabajan ni la mitad y ganan lo mismo, entró mi mujer con el vaso en la mano, ¿ya puedo mandar que sirvan la cena?

La camarera servía a la francesa, mis hijos habían crecido, mi mujer y yo estábamos gordos. Es aquél vino que te gusta, chasquéo la lengua con placer. Mi hijo me pidió dinero a la hora del café, mi hija me pidió dinero a la hora de los licores. Mi mujer no pidió nada, teníamos cuenta bancaria conjunta.

¿Vamos a dar una vuelta en el carro?, invité. Sabía que no iría, era la hora de la novela. No sé qué gracia le encuentras a pasear en carro todas las noches, también aquel carro costó una fortuna, tiene que ser usado, es que yo cada vez me apego menos a los bienes materiales, mi mujer respondió.

Los carros de los niños bloqueaban la puerta del garaje, impidiendo que sacara el mío. Saqué los carros de los dos, los puse en la calle, saqué el mío, lo puse en la calle, metí nuevamente los dos carros al garaje, cerré la puerta, todas esas maniobras me pusieron ligeramente irritado, pero al ver las defensas salientes de mi carro, el refuerzo especial doble de acero cromado, sentí el corazón latir acelerado de euforia. Metí la llave en el arranque, era un motor poderoso que generaba su fuerza en

silencio, escondido en el capó aerodinámico. Salí, como siempre, sin saber a dónde ir, tenía que ser una calle desierta, en esta ciudad que tiene más gente que moscas. En la avenida Brasil, allí no podía ser, había mucho movimiento. Llegué a una calle mal iluminada, llena de árboles oscuros, el lugar ideal. ¿Hombre o mujer? Realmente no había gran diferencia, pero no aparecía nadie en condiciones, empecé a ponerme tenso, eso siempre ocurría, hasta me gustaba, el alivio era mayor. Entonces vi a la mujer, podía ser ella, aunque una mujer fuera menos emocionante, por ser más fácil. Caminaba rápido, cargando un envoltorio de papel ordinario, cosas de panadería o de verdulería, iba con falda y blusa, tenía prisa, había árboles en la banqueta, cada veinte metros, un interesante problema que exige una gran dosis de pericia. Apagué las luces del carro y aceleré. Sólo percibió que me le echaba encima cuando oyó el sonido de la goma de los neumáticos golpeando en el bordillo. Golpeé a la mujer arriba de las rodillas, exactamente en medio de las dos piernas, un poco más sobre la izquierda, un golpe perfecto, oí el ruido del impacto partiendo los dos huesazos, di un giro rápido hacia la izquierda, pasé como un cohete rozando uno de los árboles y me deslicé con los neumáticos cantando de vuelta hacia el asfalto. Motor bueno, el mío, iba de cero a cien kilómetros en nueve segundos. Todavía alcancé a ver que el cuerpo todo descoyuntado de la mujer había ido a parar, lleno de sangre, encima de un muro, de esos bajitos de casa de suburbio.

Examiné el carro en el garaje. Corrí orgullosamente la mano con suavidad por las salpicaderas, las defensas sin marcas. Pocas personas en el mundo entero igualaban mi habilidad en el uso de estas máquinas.

La familia estaba viendo la televisión. Diste tu vueltecita, ¿ahora estás más tranquilo?, preguntó mi mujer, acostada en el sofá, mirando fijamente la pantalla. Voy a dormir, buenas noches a todos, respondí, mañana voy a tener un día terrible en la oficina.

Paseo nocturno

Parte II

Iba para mi casa cuando un carro se acercó al mío, tocando la bocina insistentemente. Una mujer conducía, bajé el vidrio del carro para entender lo que decía. Una bocanada de aire caliente entró con el sonido de su voz: ¿Qué ya no conoces a nadie?

Nunca había visto a aquella mujer. Sonreí cortésmente. Los carros de atrás tocaron el claxon. La avenida Atlántica a las siete de la noche está muy movida.

La mujer, moviéndose en el asiento del carro, colocó el brazo derecho fuera y dijo, mira, un regalito para ti.

Estiré el brazo, y puso un papel en mi mano. Después arrancó, dando una carcajada.

Guardé el papel en el bolsillo. Al llegar a casa fui a ver lo que tenía escrito. Ángela, 287-3594.

Por la noche salí, como siempre hago.

Al día siguiente telefoneé. Una mujer contestó. Pregunté si estaba Ángela. No estaba. Había ido a su clase. Por la voz, se veía que debía ser la criada. Pregunté si Ángela era estudiante. Es artista, contestó la mujer.

Llamé más tarde. Ángela contestó.

Soy el tipo aquel del Jaguar negro, dije.

¿Sabes que no logré identificar tu carro?

Te recojo a las nueve para que cenemos, dije.

Espera, calma. ¿Qué fue lo que pensaste de mí?

Nada.

¿Yo te ligo en la calle y no pensaste nada?

No. ¿Cuál es tu dirección?

Vivía en la Lagoa, en la curva de Cantagalo. Un buen lugar.

Pregunté dónde quería cenar. Ángela respondió que en cualquier restaurante, siempre que fuera fino. Estaba muy diferente. Usaba un maquillaje pesado, que volvía su rostro más experto, menos humano.

Cuando telefoneé la primera vez me dijeron que habías ido a clase. ¿Clase de qué?, dije.

Modulación de voz.

Tengo una hija que también estudia modulación de voz. Eres actriz, ¿verdad?

Sí. De cine.

Me gusta mucho el cine ¿Qué películas has hecho?

Sólo hice una, que ahora está en fase de montaje. El título es medio bobo, *Las vírgenes chifladas*, no es una película muy buena, pero estoy empezando, puedo esperar, sólo tengo veinte años.

En la semi-oscuridad del carro parecía tener veinticinco.

Paré el carro en la Bartolomé Mitre y fuimos caminando en dirección al restaurante Mario, en la calle Ataulfo de Paiva.

Se pone muy lleno frente al restaurante, dije.

El portero guarda el carro, ¿no sabías?, dije.

Lo sé muy bien. Una vez me lo abolló.

Cuando entramos, Ángela lanzó una mirada desdenosa sobre las personas que estaban en el restaurante. Yo nunca había ido a aquel lugar. Intenté ver a algún conocido. Era temprano y había pocas personas. En una mesa un hombre de mediana edad con un muchacho y una chica. Sólo otras tres mesas estaban ocupadas, con parejas entretenidas en sus conversaciones. Nadie me conocía.

Ángela pidió un martini.

¿Tú no bebes?, Ángela preguntó.

A veces.

Ahora dime, hablando en serio, ¿de veras no pensaste nada cuando te pasé el papelito?

No. Pero si quieres, pienso ahora, dije.

Sí, Ángela dijo.

Existen dos hipótesis. La primera es que me viste en el carro y te interesaste por mi perfil. Eres una mujer agresiva, impulsiva y decidiste conocerme. Una cosa instintiva. Arrancaste un pedazo de papel de un cuaderno y escribiste rápidamente el nombre y el teléfono. Por cierto, casi no pude descifrar el nombre que escribiste.

¿Y la segunda hipótesis?

Que eres una puta y sales con una bolsa llena de pedazos de papel escritos con tu nombre y tu teléfono. Cada vez que encuentras un tipo en un carro grande, con cara de rico e idiota, le das el número. Por cada veinte papelitos distribuidos, unos diez te telefonan.

¿Y cuál es la hipótesis que escoges?, Ángela dijo.

La segunda. Que eres puta, dije.

Ángela siguió bebiendo su martini como si no hubiera oído lo que dije. Bebí mi agua mineral. Me miró, queriendo demostrar su superioridad, levantando la ceja —era mala actriz, se veía que estaba perturbada— y dijo: tú mismo reconociste que era un papelito escrito de prisa dentro del carro, casi ilegible.

Una puta inteligente prepararía todos los papelitos en casa, de la misma manera, antes de salir, para engañar a los clientes, dije.

¿Y si te jurara que la primera hipótesis es la verdadera? ¿Lo creerías?

No. O mejor, no me interesa, dije.

¿Cómo que no te interesa?

Estaba intrigada y no sabía qué hacer. Quería que yo dijera algo que la ayudara a tomar una decisión.

Simplemente no interesa. Vamos a cenar, dije.

Con un gesto llamé al maitre. Escogimos la comida.

Ángela se tomó dos martinis más.

Nunca fui tan humillada en mi vida. La voz de Ángela sonaba ligeramente pastosa.

Si yo fuera tú no bebería más, para poder quedar en condiciones de huir de mí, cuando sea necesario, dije.

Yo no quiero huir de ti, dijo Ángela vaciando de un trago lo que quedaba en el vaso. Quiero otro.

Aquella situación, ella y yo dentro del restaurante, me aburría. Después iba a ser bueno. Pero platicar con Ángela no significaba nada para mí, en ese momento interlocutorio.

¿Y qué haces tú?

Controlo la distribución de tóxicos en la zona sur, dije.

¿Es verdad?

¿No viste mi carro?

Puedes ser industrial.

Escoge tu hipótesis. Yo escogí la mía, dije.

Industrial.

Fallaste. Traficante. Y no me está gustando este foco de luz sobre mi cabeza. Me recuerda las veces que estuve preso.

No creo ni una sola palabra de lo que dices.

Ahora yo hice una pausa.

Tienes razón. Todo es mentira. Mira bien mi rostro. Ve si consigues descubrir alguna cosa, dije.

Ángela me tocó levemente la mandíbula, levantando mi rostro hacia el rayo de luz que bajaba del techo y me miró intensamente.

No veo nada. Tu rostro parece el retrato de alguien haciendo una pose, un retrato antiguo, de un desconocido, dijo Ángela.

Ella también parecía el retrato antiguo de un desconocido.

Miré el reloj.

¿Nos vamos?, dije.

Entramos al carro.

A veces pensamos que una cosa va a salir bien y sale mal, dijo Ángela.

La luna ponía en la laguna una estela plateada que acompañaba el carro. Cuando era niño y viajaba de noche la luna siempre me acompañaba, traspasando las nubes, por más que el carro corriera.

Voy a dejarte un poco antes de tu casa, dije.

¿Por qué?

Soy casado. El hermano de mi mujer vive en tu edificio.

¿No es aquél que queda en la curva? No me gustaría que él me viera. Conoce mi carro. No hay otro igual en Rio.

¿No vamos a vernos más?, Ángela preguntó.

Me parece difícil.

Todos los hombres se apasionan por mí.

Lo creo.

Y tú no eres la gran cosa. Tu carro es mejor que tú, dijo Ángela.

Uno completa al otro, dije.

Bajó. Fue andando por la acera lentamente, demasiado fácil, y encima mujer, pero yo tenía que ir en seguida para casa, ya se estaba haciendo tarde.

Apagué las luces y aceleré el carro. Tenía que golpearla y pasar por encima. No podía correr el riesgo de dejarla viva. Ella sabía mucho respecto de mí, era la única persona que había visto mi rostro, entre todas las otras. Y conocía también mi carro. Pero, ¿cuál era el problema? Nadie había escapado.

Golpeé a Ángela con el lado izquierdo de la salpicadera, arrojando su cuerpo un poco adelante, y pasé, primero con la rueda delantera —y sentí el sordo sonido de la frágil estructura del cuerpo despedazándose— y luego atropellé con la rueda trasera, un golpe de misericordia, porque ya estaba liquidada, sólo que tal vez aun sintiera un distante resto de dolor y perplejidad.

Cuando llegué a casa mi mujer estaba viendo la televisión, una película en colores, doblada.

Hoy tardaste más. ¿Estabas muy nervioso?, dijo.

Estaba. Pero ya pasó. Ahora voy a dormir. Mañana voy a tener un día terrible en la oficina.

Placebo

Después de que se fue el negro me quedé sentado en la Cinelandia, una plaza del centro de la ciudad, pensando y mirando las palomas. Había palomas por todas partes y muchas andaban por el piso de piedras portuguesas blancas y negras comiendo el maíz que dos viejas les tiraban con sus horrendas manos caquéticas. En cuanto la plaza se vació me levantaré del banco y le daré una patada a una de las palomas. Quería arrojarla lejos, como lo había hecho aquel negro una hora antes mientras me ofendía con su palabrería grosera.

Tu audacia no me merece el menor respeto, no te llamaré señor, ni licenciado, como tu mayordomo, me dijo sacudiendo el dedo frente a mi cara, vas a ver una cosa que Belisário no lograba hacer cuando estaba igual de jodido que tú, patear esa paloma que está picoteando en la banquetta, ¿la ves?, tiene que ser rápido y certero.

Belisário se refería a sí mismo en tercera persona. Le dio una patada a la paloma, frente a todo el mundo, aventó la paloma lejos, muerta. Ninguna de las dos viejas tuvo coraje de decir nada, el negro era un hombre que daba miedo.

Amigo, yo también sufrí esa enfermedad, temblaba más que uno de aquellos negros que bailan en los videoclips de MTV, y me roía por dentro. Y como todo enfermo, vivía chantajeando y masacrando a los infelices que se hacían cargo de mí, jodiendo, en el mal sentido, a la muchacha que vivía conmigo y que cuidó de mí un tiempo, aunque ya no le daba yo por su agujero. Un día se cansó y se fue. La mujer quiere su palo, ¿entiendes? ¿Y la tuya? ¿Ya se te fue?

Yo también me roía por dentro, oyendo pasivamente al negro que me humillaba de aquella manera. Pero lo dejé hablar, necesitaba de él.

En el hospital del gobierno, después de preguntarle al médico que me atendió, entonces, doctor, ¿Belisário tiene remedio? y de que él se saliera por la tangente diciendo, la ciencia

siempre está progresando, hijo, y me corriera con una receta de un remedio que costaba una fortuna y que salía en la orina, y después de oír una vez más que me dijeran que hay que tener fe en Dios, que es lo que dicen cuando uno está jodido, creí que la salida era tirarme delante del tren, ¿entiendes? Pero por la noche, al lado de la vía me vino esa reacción. Dios estaba maltratando a Belisário, ¿y Belisário debía tener fe en él? Dios inventaba una enfermedad, echaba la enfermedad encima de Belisário, me desgraciaba, ¿y Belisário debía tener fe en el elemento? Dios, pensé, tiene más ocupaciones que hacerse cargo de los enfermos, si Belisário no se cuida nadie lo va a hacer. Yo no tenía fuerzas para caminar, ni siquiera para estar de pie, y estaba casi arrastrándome en el suelo, como mi padre, pues él sufría de la misma enfermedad, esa mierda pasa de padres a hijos como las casas y las joyas, tú sabes eso, claro, y mi padre salió del suelo hacia una cama del hospital público, y de la cama al cementerio y no me dejó ninguna casa, sólo la enfermedad y algunos retratos. Pero el destino me hizo encontrar al doctor Wolf y el doctor Wolf me curó y ahora estoy chutando pajaritos con las dos piernas. Viniste a encontrarte conmigo para saber cómo ocurrió eso, cómo fue que me puse bien, y cómo es que ayudé a que otros se curaran, como a tu amiga Raquel, debes saber que el doctor Wolf no es uno de esos comerciantes diplomados de bata blanca que lo único que hacen es darte una receta que sólo sirve para que te limpies el culo, ya has consultado todas las clínicas Mayos de la vida, oíste opiniones en inglés, francés y alemán, ¿qué fue lo que ellos te dijeron?, que tu enfermedad era una enfermedad nueva, o bien una enfermedad vieja con cara de nueva, que es lo que siempre dicen cuando están perdidos y tú sabes que estás jodido, y que te vas a poner peor, y por lo tanto estás dispuesto a probar todas las alternativas, por más idiotas que sean, por más cosa de negros, por más rocambolescas, ¿te gustó lo de rocambolescas?, por más rocambolescas o charlatanas que parezcan. ¿Entendiste?

Le dije que quería ver al doctor Wolf y soltó algo como una carcajada.

Nada de que vas a ver al doctor Wolf, ya te dije cuál es la materia prima que necesitas.

Algo absurdo, una cosa grotesca, seamos objetivos, señor Belisário, no puedo conseguir eso que usted llama la materia prima... Es repugnante... ¿Cuánto cobran ustedes por conseguirlo todo?

¡Qué distinguido!, pero no me engañas, estás aterrorizado porque dentro de poco no serán sólo tus manos las que van a temblar, tu cabeza se va a balancear de un lado a otro y nadie va a sentir pena. Mientras tanto las personas pueden fingir que no lo notan, aún está en su inicio la enfermedad, pero dentro de poco, muy poco, ya no podrás conversar con el director financiero de tu compañía, que paga treinta por ciento de soborno por cada contrato que consigue del gobierno, ni con el pobre diablo de tu chofer, y las personas ya no podrán fingir que no se dan cuenta y van a huir de ti, y no te arrastrarás por el suelo como una serpiente sólo porque tienes dinero para contratar a un negro que te cargue en brazos. Ya te dije que tú proporcionas el material y el doctor Wolf pone las yerbas de la Amazonia, para preparar su fórmula secreta. Cambia tu opinión, señor distinguido, ¿no la cambió Raquel?

Se alejó. Se detuvo a una cierta distancia. No tomes cafecito, señor distinguido, te lo derramarás en la ropa.

El negro desapareció y me quedé ahí en la plaza sentado, esperando una ocasión propicia para patear una de aquellas palomas que picoteaban el suelo. Tenía una junta a las diez. Miré uno de mis relojes, el de pulso. Eran las diez. Me levanté del banco e intenté patear la primera paloma que pasó junto a mí. No lo conseguí, perdí el equilibrio y no caí sólo porque me agarré de una mujer, y esa mujer era una de las viejas cretinas que daban comida a las palomas. Gritó pidiendo auxilio. Corrí como uno de los asaltantes que frecuentaban la plaza. Llegué hasta mi carro, sin aliento, trémulo debido a la enfermedad, al dolor, a la humillación. El aire acondicionado, el asiento mullido, las puertas cerradas me dieron un pequeño alivio.

¿A la oficina, doctor?, preguntó el chofer, y respondí que sí, que se comunicara con doña Elisa y le dijera que iba a llegar unos minutos tarde, que avisara a los otros directores. El chofer cogió el teléfono de la consola, llamó a doña Elisa sin dejar de conducir. Por el espejo retrovisor vi mi nariz, tuve la impresión de que se me movía de un lado para el otro. Milimétricamente, aún se podía ocultar. Verifiqué si el Rolex indicaba exactamente la misma hora del Lecoutre del bolsillo, un reloj plano como una hoja de papel; tal vez por eso desconfiaba de su precisión y lo comparaba a cada momento con el Rolex, robusto, vulgar y confiable.

Tomé unos tranquilizantes antes de entrar a la junta. Todos estaban de pie, esperándome. Nadie se sentaba antes de

que llegara el CEO. Siéntense, señores. Me senté en mi silla, más alta que las demás, en la cabecera de la mesa, las manos escondidas debajo de la mesa, sintiendo rabia hacia todos aquellos idiotas encorbatados, arribistas, lambiscones, con sus cuerpos firmemente anclados sobre sus inamovibles y firmes traseros gordos. En aquella reunión se discutiría la reorganización de la compañía. Once punto cuatro por ciento del mercado perdido ante los competidores, alguna cosa tenía que hacerse. El nuevo director de planeación, un tipo más joven que yo, bronceado por el sol, con un curriculum perfecto, presentaría sus planes. A mí no me gustaba, tuve que ser convencido por mis colegas del board para contratarlo, odiaba su aspecto saludable, me irritaba que hubiera sido campeón colegial de tenis en la Ivy League, me parecía detestable su voz impostada. Le cedí la palabra, hizo su presentación de manera teatral, parecida a la de los tipos de nuestra agencia de publicidad. Habló del Impacto de la Tecnología, disertó sobre la Revolución de la Información, hizo un análisis de la Nueva Empresa Multinacional y del Ambiente Político de los Negocios y terminó con una explicación sobre la Importancia de la Toma Sistemática de Decisiones. Exhibió gráficas, videos. Sabía repetir, con las adaptaciones adecuadas, las lecciones que había aprendido en la Harvard Business School of Administration, que cursó con una beca para estudiantes extranjeros. Con excepción del director jurídico, que como todos los abogados era un cínico, percibí que los demás estaban impresionados con la presentación. Nombré una comisión —integrada por los directores comercial, financiero, de ingeniería, recursos humanos, jurídico y el nuevo director— para examinar el plan y proponer una recomendación. Di por terminada la junta y volví a mi oficina.

Belisário. Su padre se arrastraba por el suelo antes de ir al cementerio y mi padre no se arrastraba sólo porque tenía varios negros que lo cargaban en brazos. ¿Por qué confiaba en aquel chutador de palomas y no confiaba en el nuevo director? Una cosa era cierta, el doctor Wolf había curado a mi amiga Raquel. Fue ella quien me dio el teléfono de Belisário, el teléfono del doctor Wolf nadie lo tenía, el doctor Wolf no hablaba por teléfono, era una entidad que se incorporaba en un medium sin nombre. Sí, sé quién es, no tomo notas pero lo tengo todo en la cabeza, había dicho Belisário, la señorona de los ojos verdes, estaba como un trapo, una basura, pensando en tomar veneno, lloraba sin parar, y el doctor Wolf la curó. Raquel, una mujer

inteligente, ¿se dejaría engañar o influir por un charlatán, a pesar de la desesperación que había pasado cuando la enfermedad la había hecho arrastrarse? ¿Efectos placebo en una escéptica? ¿Celadas de la mente humana, misterios del cuerpo y del espíritu? Pero lo cierto es que ella se puso bien. Y cuando le pregunté cómo había ocurrido, cuáles eran los remedios del doctor Wolf, ella respondió que no quería hablar del asunto. Debía haber sido duro para ella conseguir aquella cosa horrible que pedía el doctor Wolf, la cual hasta aquel encuentro con Belisário en la Cinelandia yo no sabía lo que era. Poco después Raquel viajó a Inglaterra y dijo que no volvería nunca más.

En el automóvil, cuando volvía a casa, el chofer me miró por el espejo retrovisor. Una mirada rápida, un desviar de ojos demasiado acelerado.

¿Qué estás mirando?

El chofer se asustó. ¿Yo, doctor?

Me estabas mirando por el espejo retrovisor.

Disculpe, doctor.

Mira para enfrente.

Sí, señor.

Bajé en el estacionamiento del edificio. Subí por el elevador de servicio. El mayordomo abrió la puerta, tomó mi portafolios.

Buenas noches, doctor.

¿Doña Helena?

Hoy es día de su curso.

Helena, mi segunda mujer, frecuentaba cursos de conversación de inglés, alemán y japonés, la mujer de un CEO de una empresa multinacional tiene que saber, según ella, esas lenguas comerciales. Un gran sacrificio. Vivió en Francia cuando estuvo casada con un diplomático y sabía francés e italiano, lenguas que consideraba poéticas y elegantes.

El mayordomo llevó mi portafolios al despacho. En el bar me preparé un gūisqui, que terminé de beber antes de llegar a la biblioteca. Volví al bar, tomé la botella, que estaba llena, coloqué la botella en la mesita al lado de una escultura moderna que siempre tuve ganas de tirar a la basura.

La botella andaba por la mitad cuando llegó Helena. Me dijo querido, me dio un beso en la cara, según la rutina. Le pregunté cómo le fue en su clase y ella me preguntó cómo estuvo mi día en la compañía. Rutina.

El idiota aquel del nuevo director presentó su proyecto.

Es un tipo simpático, me gustó.

Un cretino. Fue contratado porque tiene contactos en el gobierno.

No parece, dijo Helena.

Sí. Cretino y pretencioso. Aunque dicen que juega tenis muy bien.

¿Estás de mal humor?

Sí. ¿Qué fue lo que te dijo en el coctel de la compañía que te hizo dar una carcajada?

¿Yo di una carcajada? ¿En el coctel de la compañía? Yo nunca doy carcajadas en los cocteles, querido. En realidad, creo que nunca he dado una carcajada en mi vida. Soy una mujer contenida, tú lo sabes.

Me gustaría hablar con ella sobre mi enfermedad, sobre el curandero negro, decir que tenía miedo de empezar a arrastrarme por el suelo en cualquier momento, o de ser cargado por un negro, ¿pero cómo hacerle confidencias a una mujer que nunca en su vida había dado una carcajada?

El día siguiente era sábado, trabajé en casa toda la mañana. Verifiqué si el Lecoutre y el Rolex indicaban la misma hora. Llamé a Belisário.

El mismo contestó. Cómo, ¿el distinguido? ¿Ya lo consideraste?

Sí.

¿De veras estás dispuesto?

Sí... Sí.

No siento mucha convicción. Creo que es mejor esperar.

¿Esperar qué?

Que empeores un poco. Que te pongas más desesperado.

Ya estoy desesperado.

No parece.

Belisário colgó antes de que le preguntara qué tenía que hacer para demostrar que estaba desesperado.

El primer objeto que compré fue un reloj. Eso no parece gran cosa, pero yo era muy pobre, tenía nueve años y el dinero se lo había robado a mi abuela. Mantenía el reloj escondido y esperaba que todo el mundo se durmiera para encender una vela en la madrugada y ver cómo se movía el segundero, oír el tictac. El primer reloj portátil, invención de un alemán en el siglo XVI, sólo

tenía una manecilla, la de las horas. En aquel tiempo los minutos eran cosas despreciables. Antes, los relojes no tenían ni manecillas ni carátulas y sólo funcionaban como carillones. Y aun antes, sólo existían relojes de sol, de arena, juguetes, no había prisa, no había necesidad de marcar el tiempo, nada importante podía hacerse en unos minutos, ni siquiera en horas. También estaban las campanas de las iglesias, la iglesia siempre señaló el tiempo, una forma de controlar la vida de los fieles, de decirles que el tiempo estaba pasando y recordarles que con el paso del tiempo el Juicio Final se aproximaba. Dejé de ser un jodido porque para mí los minutos no eran cosas despreciables, subí en la vida por ser puntual, sin faltar nunca, siempre llegando antes de tiempo. Aquel segundero del reloj comprado con dinero robado a una vieja pobre me marcó para el resto de la vida. Ahora tenía más de veinte relojes y nunca salía de casa sin traer conmigo por lo menos dos, uno en el pulso y otro en el bolsillo.

Lunes. Estaba en la oficina cuando Lucía telefoneó para preguntarme cómo invertir un dinero que sobraba. Hicimos una cita para almorzar en la ciudad.

El restaurante quedaba en el último piso de un rascacielos. Un gran salón circular; las mesas dispuestas sobre un estrado giratorio. Se podía ver, durante el almuerzo, toda la ciudad, edificios, cerros, aeropuertos, el mar. Giramos trescientos sesenta grados, vimos desde lo alto toda la ciudad. En realidad era una cosa enervante, pero a Lucía le gustaba el lugar.

Adoro ver Rio de Janeiro desde aquí arriba. ¿Tienes la tarde libre?

Nunca tengo tardes libres. Abro un espacio para ti.

Lo sé. No tienes mañanas, tardes ni noches libres. Y odias esperar.

Odio esperar. Desde niño.

¿A dónde vamos? Sabes que no me gusta ir a un motel.

¿A dónde quieres ir?

A mi casa. Él está de viaje.

A tu casa no voy.

¿Algún prurito ético?

Tal vez.

Pide el teléfono al maître.

El maître trajo el teléfono. Miré el paisaje, el mar cubierto por una neblina diáfana, mientras Lucía telefoneaba a su casa, hablaba con el ama de llaves.

Voy a llegar a las (coloca la mano en la bocina, me pregunta, ¿a las siete?) a las siete.

Mientras yo conducía el coche de Lucía ella se puso los lentes oscuros y una pañoleta en la cabeza, se disfrazaba para cometer sus pecados. Cuando entramos al motel inclinó la cabeza y se puso la mano en el rostro. Fuimos directo al garaje individual.

Abrí la puerta de la suite presidencial. Dos pisos. Espejos, copias de estatuas griegas, cuadros, piscina, jacuzzi, perfumes, bubble bath, cepillos de dientes, champús, batas japonesas, frigobar, inmensa pantalla de TV, consoladores, preservativos, películas eróticas, pomadas afrodisiacas, pomadas analgésicas. Pedidos especiales marcar el nueve.

Dame un güisqui. Sólo con hielo.

Preparé su güisqui.

¿Has abortado?

Qué pregunta más inadecuada.

¿Sí o no?

No te lo diré.

Necesito conocer un médico que haga abortos.

¿Quieres quedarte agarrando la mano de ella mientras le hacen el legrado?

Más o menos.

Prepárame otro güisqui.

Lucía me abrazó, me besó, tomó la iniciativa, el güisqui ya hacía su efecto.

Desnudarme frente a una mujer siempre me dejaba muy contrariado. El gesto de quitarse los pantalones me parecía ridículo; descalzar los zapatos y los calcetines sugería una burocrática domesticidad; el único gesto elegante, en esas ocasiones, era quitarse la corbata. Me quité la corbata. Tomé la bata japonesa y me fui al baño. Desnudo, me miré en el espejo. Miré el pene como si el glande fuera una especie de plomada. Lo miré fijamente: temblaba.

Lucía me esperaba, un vaso en la mano, el tercer güisqui, mirando su propio cuerpo en los espejos. Fui dominado por una inmensa melancolía. Nacimiento, cópula, muerte, es todo lo que hay, me dijo mi hermano antes de morir, citando a su poeta favorito. Era todo lo que había ahí, en aquel rendez-vous y en mi oficina y en la calle y en mi casa y en el despacho milagroso del doctor Wolf.

Durante varios días intenté fijar otra cita con Belisário. Finalmente me atendió. Nos encontramos nuevamente en la plaza Marechal Floriano, a las ocho de la noche. Me senté en una banca y lo esperé, con lo que odiaba esperar. A aquella hora la plaza parecía más alegre. La fachada del Teatro Municipal estaba iluminada, personas en las escalinatas esperando, carros que llegaban, guardias agitados dividiéndose entre ellos las calles adyacentes. También estaban iluminadas las fachadas de la Cámara Municipal, conocida como Jaula de Oro, y de la Biblioteca Nacional. No había palomas, ni se notaba tanto la fealdad de las personas.

Belisário se sentó a mi lado.

¿De veras estás dispuesto? ¿Confías en el doctor Wolf?

Sí.

Di: confío en el doctor Wolf.

¿Eso es necesario?

Sí.

Confío en el doctor Wolf. Confío en el doctor Wolf.

¿Quieres que lo diga una vez más? Confío en el doctor Wolf.

¿Te estás burlando de mí, distinguido?

No, estoy nervioso, discúlpame.

Consigues el material y yo se lo llevo al doctor Wolf y él prepara el remedio y te llama y te aplica el remedio.

Lo que me pides es una cosa abominable.

Entonces chau, estoy perdiendo mi tiempo.

Espera, espera. ¿Cómo conseguiré un feto de tres meses?

No puede pasar de tres meses, ni tener menos de dos.

Lo sé, lo sé, pero ¿dónde lo voy a conseguir?

Ya discutimos eso, no vamos a empezar todo de nuevo.

No sé cómo conseguir eso.

Tu amiga de ojos verdes lo consiguió. ¿No tienes un amigo fabricante de ángeles?

No.

¿No conoces a una mujer que vaya a hacerse un aborto?

No.

Carajo, es imposible.

Tal vez sí.

Belisário sacó una tijerita del bolsillo. Se cortó una uña, cuidadosamente. Llámale, a esa mujer que conoce a un fabricante de ángeles. Lo que más existe son aborteros en este país de

gente hipócrita donde el aborto es un crimen pero ellos arrancan millones de fetos al año de los úteros de las mujeres obedientes que se embarazaron a la fuerza, o por apatía como vacas de establo, y después se quieren librar del feto y hasta te pueden dar uno gratis... Pero te voy a dar un consejo: pueden encontrar extraño que un tipo quiera un feto, pueden desconfiar, creer que vas a usar el feto como prueba del crimen. En este país controlado por los curas, el aborto es un crimen, entonces la cosa tiene algunas complicaciones. Es hora de irme. Cuando encuentres el material, llámame. No te olvides de poner el bicho en una caja térmica con hielo, de esas que se usan para enfriar cervezas. Pásala bien.

Desde la casa le hablé a Lucía.

Estuviste muy extraño el otro día.

Preocupaciones. ¿Me das la dirección de tu médico?

¿Eso es lo que te está preocupando?

Sí.

¿Qué edad tiene ella?

¿Ella?

Ella, claro. Tu edad ya la sé, vas a cumplir cuarenta y seis, eres diez años más viejo que yo.

Por ahora.

Qué gracioso. ¿Entonces?

¿Qué?

¿Qué edad tiene ella? ¿Es una ninfeta?

No, una mujer adulta, veinte, veinticinco, treinta.

¿Veinte, veinticinco, treinta? ¿No sabes la edad de la mujer que embarazaste? Realmente los hombres son egoístas.

La dirección del médico. Tengo prisa.

Nuestro último encuentro fue un fracaso.

Nosotros, nosotros... Después nos vemos.

Tenemos que aprovechar que él, él, está de viaje.

Lucía sabía que no me gustaba oír el nombre de su marido. Hércules.

Cuando quieras.

Hasta entonces te daré la dirección del médico y tú me cuentas de esa mujer.

Mañana.

Esa noche tuve una pesadilla: el mercado de fetos estaba alborotado, había una gran oferta y una demanda aún mayor de fetos, los periódicos publicaban anuncios de mujeres que vendían fetos en la panza, había también una sección especial en las

páginas de anuncios llamada Fetos frescos. Telefoné a una de las mujeres de los anuncios. Golpeé la puerta, toqué el timbre. Una mujer con máscara abrió la puerta. Necesito un feto fresco de dos meses. Puede sacarlo, respondió, acostándose en el suelo y abriendo las piernas. Metí los brazos entre sus piernas, entré por la vagina húmeda y escaldante, un pozo tenebroso y fétido, y llegué al útero, una especie de bolsa de basura de plástico negro donde el feto nadaba como un buzo. Agarré el feto, pero él no quería salir, me mordió el dedo como si fuera un cangrejo. Luchamos algún tiempo y logré arrancarlo de la madriguera. Tenía una cabeza enorme y emitía un sonido irritante. Eché a la criatura en una cacerola con agua hirviendo y se puso roja. Desperté cuando me estaba comiendo esa cosa, que se había transformado en una langosta.

Nuevamente con Lucía en la suite presidencial. Me encerré en el baño otra vez y examiné el pene-plomada. Temblaba.

No quiero un amor de trámites convencionales, como el de la última vez. Un amante no puede ser un desabrido como un marido. Quiero algo salvaje.

¿Y qué es algo salvaje?

Tú lo tienes que saber. Busca tu lado primitivo.

Eso parece de la revista Marie Claire.

Exactamente.

¿Quieres que te viole? No sería políticamente correcto. Incluso si lo quisiera yo no podría violar a nadie, por más cooperativa que fuera la mujer, por más que usara braguitas de cintas.

Querido, lo políticamente correcto no funciona en la cama de los adúlteros. Usa tu imaginación.

Debiste haber traído la revista. De seguro ahí está escrito que el fasto de la obscenidad estimula el erotismo.

(Nacimiento, cópula, muerte, es todo lo que hay.)

Lo peor de este mundo es un hombre que hace el amor callado. Tú no dices ni una palabra durante el acto. Prepárame otro güisqui.

¿Qué quieres que diga?

Palabras eróticas. No le pongas hielo.

¿Por ejemplo?

Me da vergüenza decirlo. Quizá dentro de poco. El alcohol excita a las mujeres. También está en la revista.

¿Y...?

Eres demasiado gentil, sudas mucho, tiembles.

Se había dado cuenta que temblaba. Sentí mi corazón pesado.

Hércules, Hércules, Hércules.

¿Por qué estás diciendo su nombre? Tú detestas decir su nombre.

Hércules.

¿Estás loco?

La dirección del médico.

De veras estás preocupado.

Sí.

Dame mi bolsa. Aquí está la dirección. Dame otro güisqui. ¿Hay nueces de la India? No uses mi nombre. Sin hielo. Siéntate en la orilla de la cama.

Se arrodilló frente a mí.

En la oficina firmando papeles.

Huir. ¿A dónde, para qué? Conocí a un ejecutivo que desapareció. Nadie encontró una explicación buena, los ejecutivos no huyen, engordan, se quedan impotentes, entran en depresión, se vuelven alcohólicos, mueren de infarto al miocardio, pero no huyen. Yo soy un ejecutivo, ejecuto.

Voy a salir, Elisa, no sé a qué horas volveré.

El consultorio del fabricante de ángeles quedaba en un piso alto de un edificio de la calle Visconde de Pirajá. En la sala de espera una mujer y un hombre conversaban silenciosamente. Se callaron cuando entré. Todos estábamos incómodos.

La enfermera llamó a la pareja y me quedé solo. No sabía qué decirle al médico, todo dependía de su cara. Si tuviera cara de canalla sería directo: necesito un feto de dos meses, no haga preguntas, pago lo que sea necesario.

Puede pasar, dijo la enfermera.

Me esperaba de pie en medio del consultorio, me pidió que me sentara, haciendo lo mismo detrás de la mesa en la que había una laptop encendida. Era un hombre aún joven, simpático, un rostro confiable, ojos inocentes. Su nombre era Rodolfo Arlindo.

¿Sí?

Hablé largamente de mi enfermedad, de la enfermedad de mi padre. Me oyó pacientemente.

¿Ve cómo tiemblo?

Soy ginecólogo, no soy la persona indicada para atenderlo. Necesito un feto de dos meses.

¿Cómo?

Un feto de dos meses. Un feto de dos meses puede salvar mi vida.

Sigue hablando con la persona equivocada. ¿Quién lo mandó aquí?

Una, eh, amiga, se hizo un aborto con usted.

No dije el nombre de ella, pero dije el mío, mostré mi cédula de identidad, le di el nombre de mi empresa, el nombre de mi mujer, o mejor, los nombres de mis mujeres, la primera y la segunda, mi dirección, la dirección de mi casa en Búzios, el nombre de los bancos en los que tenía cuentas, le mostré mis credenciales de socio del Country Club, del Club de Yate, del Gávea Golf, del Itanhangá, mis tarjetas de crédito, le dije que me gustaba Beethoven y que daba dinero a un asilo de ancianos.

Creo que usted necesita un tranquilizante.

Necesito un feto de dos meses y una caja refrigerante.

¿Para qué quiere usted... eso?

Sabía que cuanto más me oyera el doctor Rodolfo Arlindo, más entendería mi desgracia y se predispondría a ser mi cómplice. Hablé del negro, del doctor Wolf, de mi amiga Raquel que había sanado de la misma enfermedad y que no había sido un efecto placebo, le hablé de mi hermano que felizmente había muerto antes de ser atrapado por la enfermedad.

Nacimiento, cópula y muerte, es todo lo que hay, él siempre lo dijo.

He estudiado este fenómeno misterioso. Existe en realidad eso que usted denominó efecto placebo. Los resultados, eh, positivos, vamos a llamarlos así, de la medicina alternativa, o mejor, de las innumerables terapéuticas que adoptan ese nombre, son resultado de ese aún, eh, poco estudiado efecto. Pero no debemos olvidar que la medicina alternativa es un campo propicio para la charlatanería.

¿Y qué me queda? ¿Dios? Dios es un placebo como cualquier otro.

Al oír esto el doctor Rodolfo Arlindo se levantó y salió de la sala. Eché todo a perder, pensé, al llamar placebo a Dios.

Pero volvió pronto, con un vaso de agua en la mano.

Tome esto.

¿Qué es?

Un tranquilizante. Usted está muy excitado.

Me tomé la píldora.

Creer en Dios no le hace mal a nadie. Yo creo en Dios. La desesperación agrava todas las enfermedades. ¿Conoce el otro significado de la palabra placebo?

No.

Es la primera palabra del salmo de acción de gracias por un hombre salvado de la muerte, en la versión latina, la *Vulgata*. Agradaré al Señor porque oyó mi voz y mi súplica. Porque inclinó hacia mí sus oídos; por lo tanto he de invocarlo mientras viva. Lazos de la muerte me cercan y angustias del infierno se apoderan de mí; encontré opresión y tristeza. Entonces invoqué el nombre del señor diciendo, Oh, Señor, salva mi vida.

¿Qué edad tiene usted?

Treinta y ocho.

¿Es casado?

Sí.

¿Tiene hijos?

No. No podemos.

¿Me ayudará usted?

Le puedo conseguir la caja refrigerante.

Cuando me dijo eso me di cuenta de que me ayudaría. La ironía es una forma de congradamiento, aunque torcida.

No estoy prometiéndole nada, ¿entiende?

Los días tardaban en pasar. Odio esperar. Después de algún tiempo concluí que el doctor Rodolfo Arlindo no me telefonaría. Tiraba los fetos al bote de la basura, pero quizá considerara antiético dar el feto a un necesitado como yo. Si mi vida, o la vida de cualquier persona, valía el sacrificio de mil conejillos de indias, por qué no sería válido, para salvar una vida, hacer jarabe, pomada, unguento o lo que fuera un feto que representaba dentro de la barriga de una mujer desgraciada el sufrimiento y por eso había sido arrancado de ahí cuando aún se estaba formando y ni alma tenía, si es que esa entidad realmente existía.

Finalmente, recibí un telefonema del doctor Rodolfo Arlindo.

Voy a conseguirle, eh, eso que usted me pidió. Ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto.

Por caridad.

Espero que sea eso, caridad, compasión.

¿Cuándo?

Pasado mañana. Pase por aquí al final del día, a las siete.

Llamé a Belisario. Pasado mañana tendré lo que me pediste. Por la noche.

Lo recojo en tu casa.

No voy a llevar aquello a mi casa.

Entonces llévalo a la Cinelandia. En el mismo lugar.

Colgó.

Fueron dos días infernales. No lograba concentrarme. Me atasqué de tranquilizantes, apenas y lograba dormir.

Desde las cinco de la tarde estuve caminando de un lado para el otro en la Visconde de Pirajá frente al consultorio del doctor Rodolfo Arlindo, cargando una enorme caja de unicef, en la que cabía un lechón. Cada cinco minutos me tomaba un café en un bar cercano. A las siete en punto toqué el timbre del consultorio. La enfermera abrió la puerta. La sala de espera estaba vacía.

El doctor Rodolfo Arlindo pidió que lo esperara.

En todo momento miraba, ora en el Rolex, ora en el Lecoutre, el segundero, que hacía todo su recorrido circular dos veces, antes de colocar el reloj de vuelta en el bolsillo o de cubrirlo con la manga del saco, según el caso. Odiaba esperar. Finalmente apareció el doctor Rodolfo Arlindo. Me llevó hasta una sala, una especie de enfermería, en la que había cuatro camas, aparatos electrónicos, lavabos, armarios y un gran refrigerador. Del refrigerador sacó hielo, que colocó en la caja de unicef. Después trajo el feto. No tuve coraje de mirarlo de frente, pero de reojo me pareció un camarón grande.

Listo. Se lo puede llevar.

No sé cómo agradecerle.

La mejor manera de que me lo agradezca es olvidando todo lo que está ocurriendo hoy aquí.

Tomé un taxi.

¿Puedo saber lo que lleva usted en esa caja de unicef?

¿En esta caja de unicef? (¿Lechón? Peligroso.) Una docena de Cervezas.

¿Alguna marca en especial?

Una cerveza alemana que sólo tienen en Ipanema.

¿Qué marca es?

Weltanschauung.

Un nombre complicado para una cerveza.

Belisário estaba en la Cinelandia, sentado en la misma banca. Le entregué la caja de uniceL. Entreabrió la caja, miró rápidamente ahí dentro y cerró la caja. Después abrió la caja nuevamente, miró, balanceó decepcionado e impaciente la cabeza. Cerró la tapa.

No sirve.

¿Cómo?

El jodido feto tiene que ser negro.

¿Cómo?

Te lo dije, el feto tiene que ser negro, el doctor Wolf sólo trabaja con fetos negros.

No me dijiste nada de eso.

Te lo dije en nuestra primera cita aquí en la plaza, aquel día en que chuté una paloma. Te dije, el doctor Wolf sólo trabaja con fetos negros.

Todos los fetos son iguales.

No para el doctor Wolf. Tíralo a la basura.

Belisário se levantó de la banca y desapareció.

El doctor Rodolfo Arlindo probablemente sólo trabajaba con fetos blancos. ¿Dónde iba a conseguir un feto negro? Coloqué la caja de uniceL en el suelo al lado de la banca. Después me corrí hacia el centro de la banca. Miré al cielo como si estuviera buscando estrellas, pero la luz eléctrica de todas aquellas fachadas había hecho del cielo una bóveda cenicienta, oscura. Silbé, bostecé, me levanté y, rascándome la barriga, haciéndome el inocente, caminé en dirección al teatro Municipal.

El movimiento en la puerta del teatro había disminuido, el espectáculo debía haber comenzado. Sentí ganas de ser uno de aquellos idiotas de allá adentro, sentado en una butaca mirando embebido a los bailarines dando saltos y haciendo piruetas y aplaudiendo y pidiendo que se repitiera. Todo lo que había ocurrido en mi vida últimamente no podía repetirse: mis temblores, mis temores, mis terrores que aumentaban cada día y más aún aquel día en que estaba dejando en medio de una plaza, dentro de una caja de uniceL con hielo, un feto de color equivocado. Y el hilo ya debía haberse derretido.

Caminaba lentamente, como hacen las personas inocentes.

¡Ei, ei!

Seguí caminando.

¡Ei, ei, joven!

No era conmigo. Seguí caminando.

Sentí un ligero toque en mi hombro.

Miré hacia atrás. Un negrito flaco, mal vestido, típico frecuentador de la plaza, me extendió la caja de uniceL. Olvidó usted esto.

Tomé la caja. Gracias.

Se quedó parado, como quien espera una propina. Le di algún dinero.

¿Quiere que la cargue?

No, muchas gracias.

Pasé ante la puerta del teatro y continué por la avenida Rio Branco en dirección a la plaza Mauá. A partir de la esquina de la São José la avenida se fue quedando cada vez más vacía y, en cierta forma, oscura y siniestra. Mi plan era dejar la caja con el feto en algún lugar, al pie de un árbol, en un hueco oscuro, en el cajero electrónico de algún banco, la avenida tenía docenas de sucursales bancarias y yo tenía tarjetas magnéticas de varios bancos en mi bolsillo.

Primero intenté dejar la caja de uniceL al pie de un árbol, pero en ese momento un carro pasó por la avenida y me dio miedo que me vieran. Cerca de la primera cabina de un banco había dos hombres con actitud sospechosa. De las calles transversales, de la Assembléia, de la Ouvidor, de la Rosario, comenzaron a salir personas, hombres, mujeres, familias enteras, cargando cobertores, sacos, tapetes, periódicos viejos. Los tapetes y los periódicos viejos eran colocados en el piso, bajo las marquesinas de las tiendas, y ellos se acomodaban, pegados unos a los otros como pencas de plátanos. Se recogían temprano, para dormir, pues despertaban antes de que amaneciera. Preferían las puertas de los bancos, los banqueros tienen la conciencia sucia y se resisten a mandar que los expulsen. No logré librarme de la caja de refrigerante. No quería correr el riesgo de que un desamparado viniera detrás de mí, ei, joven, olvidó esto, o peor, que alguien abriera la caja y viera el feto.

Llegué a la plaza Mauá. Me detuve en la puerta de un cabaret. Un cartel con mujeres de pechos enormes anunciaba las atracciones de aquella noche.

Con esa caja no puede entrar. Era el portero.

Sólo estoy mirando.

Puedo hacerme cargo de la caja. ¿Qué tiene dentro?

Cerveza alemana.

¿Alemana? ¿De qué marca?

¿Qué marca? Weltschmerz. Había momentos en que lo graba bromear con mis infortunios.

Nunca oí hablar de ella. ¿Me deja probar una?

No puedo.

Está bien. Puede entrar con la caja, pero de todas maneras va a tener que pagar el consumo mínimo.

Entré. Aquellas mujeres semidesnudas que transitaban en la penumbra eran travestís, así como las de pechós gigantes del cartel. Fui directo al baño, cerré la puerta, abrí la caja. El feto era rojo, ¿cómo sabía Belisário que no era negro? Lleno de enojo tomé el embrión, debía medir unos tres centímetros como máximo, menor que un artrópodo en caldo con chayotes, tenía brazos y piernas, una cabeza grande para un cuerpo tan pequeño, boca, nariz, orejas, ojos. De la barriga le sobresalía una tripa gruesa, resto del cordón umbilical. La piel estaba helada y húmeda. Un olor salino se desprendía de él. Un ente de las profundidades del mar placentario, un monstruo anfibio repelente.

Me arremangué la camisa y metí el brazo por el agujero de la letrina apestosa hasta la altura del codo, empujé el feto por la tubería abajo haciéndolo desaparecer por completo. Apreté la válvula de la descarga pero no funcionaba. Eché el agua de la caja en la taza.

Volví al salón. Fui detenido por el brazo.

Tienes ganas de hacer una locura, ¿verdad?

Apreté los enormes senos de silicón contra mi brazo. Estás todo mojado, querido. ¿Entonces? Arroz y frijoles todos los días cansan. Soy muy discreta.

Froté el brazo en los senos de él, de ella, para quitarme el agua sucia de la letrina.

Me estás dejando toda mojada y con escalofrío.

Tengo que irme, con permiso.

¿Ya te vas? Dijo el portero. Tomé un taxi hasta el lago de Machado. Esperé un poco y tomé otro taxi hacia Copacabana. Y otro para mi casa. Actuaba como un criminal.

El doctor Rodolfo Arlindo oyó mi historia en silencio.

Perece mentira, dijo.

Necesito un feto negro.

No, no quiero meterme más en esto.

Mi vida vale un feto negro. Una vida humana vale mil conejillos de indias, mil monos.

Un millón de gallinas, dijo el doctor Rodolfo Arlindo.

Tomó un libro del cajón y leyó para mí: Il n'y a pas un instant de la durée où l'être vivant en soit dévoré par un autre. Au-dessus de ces nombreuses races d'animaux est placé l'homme dont la main destructrice n'épargne rien de ce qui vit; il tue pour se nourrir...

Y Rodolfo Arlindo continuó su catilinaria diciendo que el hombre mataba para vestirse, mataba para adornarse, mataba para ofender, mataba para defenderse, mataba para instruirse, mataba para divertirse.

...il tue pour tuer.

Y mata para salvarse, agregué.

Oh, Dios mío... El doctor Arlindo estaba más cerca de mí. Un millón de gallinas muertas. Y aquella reflexión idiota sobre la maldad humana en francés no iba dirigida a mí. El doctor Rodolfo Arlindo mantenía el libro en el cajón para que le sirviera de escarmiento. En realidad se sabía el texto de memoria, mientras lo dijo apenas y vio el libro.

Un feto negro. Necesito un feto negro.

Eso es una locura.

No tiene usted pacientes negras, ¿verdad? Las negras no pueden pagar lo que usted cobra, ¿verdad?

Sí, así es.

¿Tiene usted una píldora como la que me dio la otra vez?

Me tomé la píldora. Miré la punta de mi nariz. Temblaba.

Mi mano temblaba. El pene-plomada debía estar temblando.

Estoy jodido, doctor Rodolfo Arlindo.

¿Quién le garantiza que ese grotesco, abominable tratamiento alternativo le hará bien?

Usted no sabe lo que es estar al borde de perder totalmente la esperanza. Es horrible.

Tal vez yo... Espere, le telefonaré.

Mientras tanto, las cosas en la compañía se complicaban. El director de planeación tenía algunos aliados en el board; alegaban que un importante contrato con el gobierno había dejado de firmarse porque yo había despedido al cretino de la Ivy League. El doctor Rodolfo Arlindo no me telefoneaba. Mi mujer se había vuelto vegetariana.

Carcajéate.

¿Qué?

Dijiste que nunca te habías carcajeado en tu vida. Échate una mísera carcajada para mí, es todo lo que te pido. Una mísera carcajada.

Si te pidiera que pusieras un huevo, ¿lo pondrías?

Miré bien a mi mujer. Extraña frase, aquélla. Tal vez se habría conseguido un amante, súbitamente vegetariana y haciendo gimnasia. Pobre diablo; no ella, el amante, putativo. Los dos. Ser amante de una mujer que no se echaba una carcajada era peor que ser su marido.

Huir. Huir.

Finalmente el doctor Rodolfo Arlindo me telefoneó.

Llegué a la misma hora, con una caja refrigerante negra. La otra caja era blanca.

No sé por qué estoy haciendo esto. Creo que tengo lástima de usted.

Eso es lo que necesito. Personas que me tengan lástima.

Fuimos a la sala interna del consultorio, la que parecía una mini-enfermería.

Este es negro, lo garantizo. El doctor Rodolfo Arlindo abrió el refrigerador, sacó el embrión, rojo-oscuro. Desvié los ojos.

¿Tiene menos de tres meses? Parece mayor que el otro.

Lo garantizo.

Él mismo consiguió el hielo, lo colocó en la caja de unicel, acondicionó el embrión.

Doctor Rodolfo Arlindo, yo quería, eh, no es un pago, tienda, es una demostración de, eh, ¿entiende? Quisiera...

¡Ni siquiera piense en eso!

Muchas gracias, muchas gracias. Usted me ha salvado la vida.

No me busque más. Nunca más.

Nunca más. Nunca más. ¿Puedo telefonar?

No.

Nunca más, gracias, nunca más.

Llamé desde la calle a Belisário.

¿Es negro?

Sí.

Encuétrame en la plaza. Ahora.

El chofer del taxi, felizmente, no me preguntó qué había dentro de la caja.

Llegué antes que Belisário. La fachada estaba iluminada, una luz azul, distinta de la claridad de la Biblioteca Nacional, que era topacio.

En cuanto llegó, el negro abrió la caja de unicel.

Este tiene mi color, es el bicho. Tienes suerte, distinguido, el doctor Wolf se incorporó hoy por la mañana. Va a poder trabajar para ti inmediatamente. Búscame aquí pasado mañana, a las cinco de la mañana. Traes el dinero, al contado, nada de cheque. Sin el dinero no hay trato.

Estuve despierto la noche que antecedió a mi encuentro con Belisário. Salí de la casa a las cuatro, todavía oscuro. En la plaza sólo había mendigos durmiendo, uno de ellos estaba acostado en la banca en la que siempre esperaba yo al negro. Estuve andando de un lado al otro, esperando, odiando esperar.

Dos sujetos tristes y agresivos se acercaron a mí.

¿Andas con ganas?

Seguí caminando, uno de cada lado.

¿Andas con ganas?, ¿por qué no respondes?

No, es mejor que se larguen.

Uno de cada lado. Sentí el hombro del más bajito, bizco, todo maquillado.

Entonces pásanos lo que traigas, amenazó el mayor, que tenía la lengua trabada.

Me detuve. Ellos querían el dinero que tenía en el bolsillo y que me salvaría la vida, el dinero del doctor Wolf. Si el negro llegara y no recibía la paga se iría, sin el dinero no hay trato. Tendrían que matarme primero.

Miren, hijos de puta, soy un hombre desesperado, soy capaz de matar a uno de ustedes a mordidas, como perro rabioso. A ti, chaparro, que estás bizco, te voy a arrancar un ojo y orinaré en el agujero hasta que los orines te salgan por las orejas.

Agarré al chaparro por los cabellos, que salieron con mi mano.

Mi peluca, dame mi peluca.

Me abrí la bragueta y me saqué la verga. Yo estaba desesperado.

Voy a orinar en la peluca.

Estoy armado, tengo un cuchillo, dijo el grande.

Te lo voy a clavar en el culo. Yo estaba desesperado.

En ese momento apareció Belisário, que inmediatamente repartió violentos golpes y puntapiés entre los infelices. Los dos corrieron. El grande desapareció. El bajito se detuvo cerca de la estatua de Carlos Gomes.

No era necesario que les pegaras así.

Odio a los maricas.

Caminé en dirección al bajito. Él atravesó la calle.

¿No quieres la peluca?, grité. Voy a dejarla en la estatua.

Vámonos, dijo Belisário.

El negro me condujo hasta un carro que estaba estacionado en la calle Evaristo da Veiga, casi esquina con la Senador Dantas. Abrió la puerta del carro y me pidió que me sentara en el asiento de atrás.

¿Dónde está el dinero?

Le di el dinero. Belisário contó el dinero.

Ponte esa capucha en la cabeza y acuéstate. El doctor Wolf no quiere que nadie sepa dónde está su casa.

¿Capucha? No voy a ponerme ninguna capucha.

Entonces bájate. El dinero se queda conmigo.

Agarré la capucha. Me acosté en el asiento. Belisário arrancó el carro. Anduvimos lo que me pareció un largo tiempo. El carro se detuvo. Oí el ruido de una puerta de acero, de esas flexibles, que corren.

Puedes quitarte la capucha.

Por una puerta en el garaje pasamos a una sala pequeña, después a una sala mayor donde había una cama de fierro de hospital, sin sábanas.

Ya viene el doctor Wolfgang Keitel. Puedes acostarte en la cama.

Belisário salió. Me quedé de pie en medio de la sala.

La entidad doctor Wolf o Wolfgang Keitel era un hombre muy viejo, lleno de arrugas, de largos cabellos blancos, parecía un indio.

Acuéstate, dijo Belisário.

El doctor Wolf señaló la cama. Entonces noté que tenía una jeringa en la mano, llena de un líquido ambarino.

Yo era un hombre desesperado. Me acosté. El doctor Wolf, al contrario de todos los médicos y enfermeros que me habían sacado sangre, encontró de inmediato la vena buena, del brazo izquierdo. Ni sentí el piquete. El líquido parecía lava incandescente de un volcán. Me desmayé.

Cuando desperté vi a Belisário sentado en mi cama.

¿Qué tal, distinguido? ¿Te sientes bien?

Me levanté. Caminé por la sala. Miré la punta de mi nariz. Estiré los brazos, las manos no me temblaban. Miré el Rolex en la muñeca. Miré el Lecoutre de bolsillo. Diferencia de un segundo. Puse a tiempo el Lecoutre con el Rolex. Eran las once de la mañana, una luz de día entraba por algún lugar.

¿Cuántas horas estuve desmayado? ¿Cuatro?

Dos días.

¿Dos días? ¿En serio?

Dos días, distinguido. Pero quedaste bien. Ya no temblarás más, adiós el arrastrarse, el agujero se va a quedar parado esperándote. Ponte la capucha.

Antes de cubrirme con la capucha miré una vez más la punta de mi nariz. Firme como el Pan de Azúcar. Extendí las manos, abrí los brazos. Firme. Firme. Firme para siempre.

Belisário me dejó en la Cinelandia. Era un lindo día. Las dos viejas estaban ahí, echando maíz a las palomas.

Sólo voy a patear a una de ellas, no la voy a matar. Es una promesa que hice, le expliqué a las viejas.

En realidad, chuté dos. Después de que acerté a la primera quise tener la certeza de que de veras estaba bien y pateé otra.

Fue una promesa que hice. No tengo nada contra las palomas. Tomé un poco de maíz de la bolsa de una de ellas y lo arrojé a las palomas.

Bajé la avenida Rio Branco. Entré en el edificio Avenida Central y tomé un refrigerio. Vi un relojero y entré.

Quisiera quitar los segundos y los minutereros de estos relojes.

El sujeto cogió el Rolex y el Lecoutre.

Usted está loco.

Estuve. ¿Los puede quitar?

Va a arruinar estos relojes. Estos relojes son caros. ¿No quiere venderlos?

¿Puede quitarlos o no?
Tardaré algún tiempo.
No hay problema. Puede empezar. Espero.

Historias de amor
(1997)

El hombre pasó la noche entera despierto al lado de Betsy, acariciándola con cuidado, en silencio, sin saber qué decir. Habían vivido juntos dieciocho años.

Por la mañana, la dejó en la cama y fue a la cocina y preparó un café. Fue a tomar el café a la sala. La casa nunca había estado tan vacía y triste.

Por fortuna el hombre no había tirado la caja de cartón de la licuadora. Volvió al cuarto. Cuidadosamente, colocó el cuerpo de Betsy dentro de la caja. Con la caja bajo el brazo caminó hacia la puerta. Antes de abrirla y salir, se secó los ojos. No quería que lo vieran así.

Ciudad de Dios

Su nombre es João Romeiro, pero es conocido como Zinho en la Ciudad de Dios, una favela en Jacarepaguá, donde controla el tráfico de drogas. Ella es Soraia Gonçalves, una mujer dócil y callada. Soraia supo que Zinho era traficante de drogas dos meses después de que empezaron a vivir juntos en un condominio de clase media alta en la Barra de Tijuca. ¿Te molesta?, preguntó Zinho y ella contestó que ya había tenido en su vida un hombre dedicado al derecho que no pasaba de ser un canalla. En el condominio Zinho es conocido como vendedor de una firma de importaciones. Cuando llega una partida grande de droga a la favela, Zinho desaparece por unos días. Para justificar su ausencia Soraia dice a las vecinas que encuentra en el playground o en la piscina que la firma tiene viajando al marido. La policía anda tras él, pero sólo sabe su apellido, y que es blanco. Zinho nunca ha estado preso.

Hoy por la noche Zinho llegó a la casa luego de pasarse tres días distribuyendo, en sus puntos, cocaína que envió su proveedor de Puerto Suárez, y marihuana que llegó de Pernambuco. Fueron a la cama. Zinho era rápido y rudo y luego de joder a la mujer le daba la espalda y se dormía. Soraia era callada y sin iniciativa, pero Zinho la quería así, le gustaba ser obedecido en la cama como era obedecido en la Ciudad de Dios.

"¿Antes de que te duermas te puedo preguntar una cosa?"

"Dime rápido, estoy cansado y quiero dormir, amorcito."

"¿Serías capaz de matar a una persona por mí?"

"Amorcito, maté a un tipo porque me robó cinco gramos, ¿crees que no voy a matar a un sujeto si me lo pides? Dime quién es. ¿Es de aquí, del condominio?"

"No."

"¿De dónde es?"

"Vive en Taquara."

"¿Y qué te hizo?"

"Nada. Es un niño de siete años. ¿Has matado algún niño de siete años?"

"He mandado que agujeren las palmas de las manos a dos mierditas que desaparecieron con unos paquetes, para que sirva de ejemplo, pero creo que éstos tenían diez años. ¿Por qué quieres matar a un negrito de siete años?"

"Para hacer sufrir a su madre. Ella me humilló. Me quitó a mi novio. Me hizo menos, a todo el mundo le decía que yo era una burra. Luego se casó con él. Ella es rubia, tiene ojos azules y se cree lo máximo."

"¿Quieres vengarte porque te quitó a tu novio? Todavía te gusta ese puto, ¿verdad?"

"Sólo me gustas tú, Zinho, eres todo para mí, ese mierda del Rodrigo no vale nada, sólo siento desprecio por él. Quiero hacer sufrir a la mujer porque me humilló, me llamó burra delante de todos."

"Puedo matar a ese puto."

"A ella ni siquiera le gusta él. Quiero hacer que sufra mucho. La muerte del hijo deja a las madres desesperadas."

"Está bien. ¿Sabes dónde vive el niño?"

"Sí."

"Voy a mandar que cojan al niño y lo lleven a Ciudad de Dios."

"Pero no hagas que el niño sufra mucho."

"Si la puta ésa se entera que el hijo murió sufriendo es mejor, ¿o no? Dame la dirección. Mañana mando que hagan el trabajo, Taquara está cerca de mi base."

Por la mañana bien temprano Zinho salió en el carro y fue a Ciudad de Dios. Permaneció dos días fuera. Cuando volvió, llevó a Soraia a la cama y ella obedeció dócilmente a todas sus órdenes. Antes de que él se durmiera, ella preguntó, "¿hiciste lo que te pedí?"

"Cumpló lo que prometo, amorcito. Mandé a mi personal a que cogieran al niño cuando iba al colegio y que lo llevaran a Ciudad de Dios. En la madrugada le rompieron los brazos y las piernas al negrito, lo estrangularon, lo cortaron todo y luego lo tiraron en la puerta de la casa de la madre. Olvida a ese mierda, no quiero oír hablar más de ese asunto", dijo Zinho.

"Sí, ya lo olvidé."

Zinho le dio la espalda a Soraia y se durmió. Zinho tenía un sueño pesado. Soraia se quedó despierta oyendo roncar a

Zinho. Después se levantó y tomó un retrato de Rodrigo que mantenía escondido en un lugar que Zinho nunca descubriría. Siempre que Soraia miraba el retrato del antiguo novio, durante todos aquellos años, sus ojos se llenaban de lágrimas. Pero ese día las lágrimas fueron más abundantes.

"Amor de mi vida", dijo, apretando el retrato de Rodrigo contra su corazón sobresaltado.

comer huevos con jamón. Tal vez, stricto sensu, se pueda decir esto, que el objetivo de toda revolución es más comida para todos. Pero en aquel momento estábamos sólo saqueando la nevera del Director de un asilo de ancianos denominado Hogar por la hipocresía oficial.

Sólo como un pedazo de pan. Me gustaría pasar la mano por el cuerpo desnudo de la mujer, pero ella sentiría repugnancia y eso acabaría con mi placer.

Empiezo a sentir una fatiga muy grande. Me tumbo en el sofá de la sala... Creo que voy a dormir un poco, las negociaciones tal vez se prolonguen... Tengo que vigilar a Pharoux para que no haga una tontería, es un hombre muy violento... Creo que estamos iniciando una revolución..., pero es preciso que nuestro gesto resuene fuera de esta torre y haga que los otros piensen... ¡Santo Dios! ¡Qué cansado estoy!... Antes de quedarme dormido he de hablar con Pharoux y Cortines. Están en la cocina, comiendo ruidosamente... Tenemos que trazar nuestros planes...

El juego del muerto

Se reunían en el Bar de Anísio todas las noches. Marinho, dueño de la farmacia más importante de la ciudad, Fernando y Gonçalves, socios de un almacén, y Anísio. Ninguno de ellos había nacido en Baixada, ni siquiera en la ciudad. Anísio y Fernando eran de Minas, y Marinho de Ceará. Gonçalves había venido de Portugal. Eran pequeños comerciantes, prósperos y ambiciosos. Poseían modestas casitas de veraneo en la misma parcela de la región de los lagos, eran del Lion's, iban a la iglesia, llevaban una vida morigerada. Tenían en común, además, un interés enorme por las apuestas. Apostaban entre ellos a las cartas, a los partidos de fútbol, a las carreras de caballos y de automóviles, a los concursos de mises. Todo lo que fuera aleatorio les servía. Jugaban fuerte, pero ninguno solía perder mucho, pues una racha de pérdidas iba seguida casi siempre por otra de ganancias. Aunque en los últimos meses Anísio, el dueño del bar, venía perdiendo constantemente.

Jugaban a las cartas y bebían cerveza aquella noche en que inventaron el juego del muerto.

Fue Anísio quien lo inventó.

Apuesto a que el escuadrón mata más de veinte este mes, dijo.

Fernando observó que más de veinte era muy vago.

Apuesto a que el escuadrón mata veintiuno este mes, dijo Anísio.

¿Sólo aquí, en la ciudad, o en toda la región?, preguntó Gonçalves. A pesar de llevar muchos años en Brasil, tenía aún un acento muy fuerte.

Apuesto mil a que el escuadrón mata veintiuno este mes, aquí, en Meriti, insistió Anísio.

Apuesto a que mata sesenta y nueve, dijo Gonçalves riendo.

Son demasiados, dijo Marinho.

Es una broma dijo Gonçalves.

Ni broma ni nada, dijo Anísio tirando con fuerza la carta en la mesa, lo dicho, dicho. Estoy harto de que anden siempre con eso de "era una broma." Se acabó. Se apuesta y a callar. A ver quién se echa atrás.

Era verdad.

¿Conocen la historia del portugués del sesenta y nueve?, preguntó Anísio. Le explicaron al portugués qué era el sesenta y nueve. Quedó horrorizado y dijo, Dios mío, qué cosa más asquerosa, yo no hacía eso ni con mi madre.

Todos se echaron a reír. Menos Gonçalves.

¿Sabes que no está mal la apuesta?, dijo Fernando. Mil a que el escuadrón mata una docena. ¡Eh, Anísio! ¿Qué tal un poquito de queso para acompañar las cervezas? ¿Y unas rajitas de embutido?

Anota ahí, dijo Anísio a Marinho, que iba registrando las apuestas en una libreta de tapa verde: mil más a que de los veintidós míos, diez son mulatos, ocho negros y dos blancos.

¿Quién va decidir quién es blanco, negro o mulato? Aquí todos son mezclados. ¿Y cómo se va a saber si fue exactamente el escuadrón?, preguntó Gonçalves.

Lo que salga en *O Día* es lo que vale. Si dice que es negro, es negro, y si dice que fue el escuadrón, fue el escuadrón. ¿De acuerdo?, preguntó Marinho.

Otros mil a que el más joven tiene dieciocho años, y el más viejo, veintidós, dijo Anísio.

Entró en aquel momento el Falso Perpetuo y los cuatro se callaron. El Falso Perpetuo tenía el pelo liso, negro, cara huesuda, la mirada impassible y nunca se reía, igual que el Perpetuo Verdadero, un policía famoso asesinado años atrás. Ninguno de los jugadores sabía qué hacía el Falso Perpetuo, tal vez fuera empleado de banca, o funcionario público, pero su presencia, cuando de vez en cuando aparecía por el bar de Anísio, atemorizaba siempre a los cuatro amigos. Nadie sabía su nombre. Lo de Falso Perpetuo era un mote que le había puesto Anísio, que había conocido al Verdadero.

Llevaba dos Colt 45, uno a cada lado del cinturón, y se le notaba el bulto de las cartucheras. Tenía la costumbre de quedarse acariciando levemente los faldones de la chaqueta, una señal de alerta, de que estaba siempre a punto de sacar el arma y de que tiraba con las dos manos. Para matarlo, tendría que ser por la espalda.

El Falso Perpetuo se sentó y pidió una cerveza sin mirar a los jugadores, pero moviendo un poco la cabeza, el cuello tieso, tal vez prestando atención a lo que el grupo decía.

Creo que es sólo una manía nuestra, murmuró Fernando, que sea lo que quiera, para qué preocuparnos, quien nada debe, nada teme.

No sé, no sé, dijo Anísio pensativo. Siguieron jugando a las cartas en silencio, esperando que se fuera el Falso Perpetuo.

A fin de mes, de acuerdo con *O Día*, el escuadrón había ejecutado a veintidós personas, dieciséis mulatos, nueve negros y un blanco; el más joven tenía quince años, y el más viejo, treinta y ocho.

Vamos a celebrar la victoria, dijo Gonçalves a Marinho, que junto con él había ganado la mayor parte de las apuestas. Bebieron cerveza, comieron queso, jamón y pastelillos.

Tres meses de mala racha, dijo Anísio pensativo. Había perdido también al póker, a las carreras y al fútbol. El tenderete que había comprado en Caxias daba pérdidas, su cuenta iba de mal en peor y la mujer con quien se había casado seis meses atrás gastaba demasiado.

Y ahora vamos a entrar en agosto, dijo, el mes en que Getúlio se pegó el tiro en el corazón. Yo era un chiquillo entonces, trabajaba en un bar de la calle del Catete y lo vi todo, las lágrimas, los gritos, la gente desfilando ante el ataúd, el cuerpo, cuando lo llevaban al Santos Dumont, los soldados disparando las metrallas contra la gente. Si tuve mala racha en julio, ya verás en agosto.

Pues no apuestes este mes, dijo Gonçalves, que acababa de prestarle doscientos mil cruceiros.

No, este mes tengo que recuperar parte de lo que llevo perdido, dijo Anísio con aire sombrío.

Los cuatro amigos ampliaron para aquel mes de agosto las reglas del juego. Aparte de la cantidad, la edad y el color de los muertos, añadieron el estado civil y la profesión. El juego se iba haciendo más complejo.

Creo que hemos inventado un juego que va a resultar más popular que la lotería, dijo Marinho. Ya medio borrachos, se rieron tanto, que Fernando hasta se orinó en los pantalones.

Se acercaba el fin de mes y Anísio, cada vez más irritado, discutía frecuentemente con los compañeros. Pero aquel día estaba más nerviosos y exasperado que nunca y sus amigos

esperaban, incómodos, la hora de que acabase la partida de cartas.

¿Quién me acepta una apuesta?, dijo Anísio.

¿Qué apuesta?, preguntó Marinho, que era el que más veces había ganado.

Apuesto a que el escuadrón mata este mes a una chiquilla y a un comerciante. Doscientos mil.

Qué locura, dijo Gonçalves, pensando en su dinero y en el hecho de que el escuadrón jamás mataba chiquillas ni comerciantes.

Doscientos mil, repitió Anísio con voz amargada, y tú, Gonçalves, a ver si dejas de llamar locos a los demás, el loco eres tú, que dejaste tu tierra para venir a este país de mierda.

Creo que no tienes ninguna posibilidad de ganar, dijo Marinho. Además, ya está acabando el mes.

Casi eran las once; remataron la partida y se despidieron apresuradamente.

Los camareros se fueron en seguida y Anísio se quedó solo en el bar. Los demás días se iba rápido a casa, junto a su joven esposa, pero aquella vez se quedó sentado bebiendo cerveza hasta poco después de la una de la madrugada, cuando llamaron a la puerta de atrás.

Entró el Falso Perpetuo y se sentó a la mesa de Anísio.

¿Una cerveza?, dijo Anísio vacilando entre tratar al Falso Perpetuo de tú o de usted, dudoso sobre qué grado de respeto debía tributarle.

No. ¿De qué se trata? El Falso Perpetuo hablaba bajo, con una voz sin relieve, apática, indiferente.

Anísio le explicó las apuestas en el juego del muerto que él y sus compañeros cruzaban todos los meses. El visitante oía en silencio, rígido, las manos apoyadas en los brazos del asiento. Por un momento le pareció a Anísio que el Falso Perpetuo se frotaba las manos en los faldones de la chaqueta, como el Verdadero, pero no, había sido un error.

Anísio empezó a sentirse incómodo ante la suavidad del hombre. Tal vez sólo fuera un funcionario, un burócrata. Dios santo, pensó Anísio, doscientos mil, tirados así como así. Iba a tener que vender el tenderete de Caxias. Inesperadamente pensó en su joven esposa, en su cuerpo tibio y rotundo.

El escuadrón tiene que matar a una chiquilla y a un comerciante este mes, a ver si puedo salir de apuros, dijo Anísio.

¿Y qué tengo yo que ver con eso? Suave.

Anísio se llenó de valor. Había bebido mucha cerveza, estaba al borde de la ruina y se encontraba mal, como si apenas pudiera respirar.

Para mí que usted es del Escuadrón de la Muerte.

El Falso Perpetuo se mantuvo impassible.

¿Cuál es la propuesta?

Diez mil, si mata a una chiquilla y a un comerciante. Usted o sus compadres, a mí me da igual.

Anísio suspiró, inquieto. Ahora que veía su plan a punto de realizarse, se iba apoderando de su cuerpo una sensación de debilidad.

¿Tiene aquí el dinero? Puedo hacer la cosa hoy mismo.

Lo tengo en casa.

¿Por dónde empiezo?

Los dos de una vez.

¿Pero no tiene alguna preferencia?

Gonçalves, el dueño de la tienda y su hija.

¿Ese gallego amigo suyo?

No es mi amigo. Otro suspiro.

¿Qué edad tiene su hija?

Doce años. La imagen de la pequeña tomándose un refresco en el bar surgía y desaparecía en su cabeza con una punzada dolorosa.

Está bien, dijo el Falso Perpetuo, muéstreme la casa del gallego. Anísio notó entonces que sobre el cinturón de los pantalones llevaba otro, ancho.

Entraron en el coche del Falso Perpetuo y se dirigieron a casa de Gonçalves. A aquella hora estaba desierta la ciudad. Se detuvieron a cincuenta pasos de la casa. De la guantera, el Falso Perpetuo sacó dos hojas de papel donde dibujó, de forma tosca, dos calaveras con las iniciales E. M.

Será cosa de un momento, dijo el Falso Perpetuo saliendo del automóvil.

Anísio se tapó los oídos con las manos, cerró los ojos y se inclinó hasta que su rostro rozó el forro de plástico del asiento, del que salía un olor desagradable que le recordaba su infancia. Le zumbaban los oídos. Pasó un tiempo, hasta que oyó tres tiros.

El Falso Perpetuo volvió y entró en el coche.

A ver, venga el dinero, ya me he cargado a la pareja. De propina maté también a la vieja.

Se pararon ante la casa de Anísio. Éste entró. Su mujer estaba acostada, de espaldas a la puerta del cuarto. Solía acostarse de lado y su cuerpo visto de espaldas era aún más hermoso. Anísio cogió el dinero y salió.

¿Sabe que ni siquiera sé su nombre?, dijo Anísio en el coche, mientras el Falso Perpetuo contaba el dinero.

Es mejor así.

Le he puesto un mote.

¿Cuál?

Falso Perpetuo. Anísio intentó reír, pero su corazón estaba pesado y triste.

¿Habría sido una ilusión? El otro le había mirado como alterado de súbito, y mientras tanto se acariciaba delicadamente los faldones de la chaqueta. Los dos quedaron mirándose en la penumbra del automóvil. Al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, Anísio sintió como una especie de alivio.

El Falso Perpetuo se sacó del cinturón una enorme pistola negra, apuntó al pecho de Anísio y disparó. Anísio oyó el estruendo y luego un silencio muy largo. Perdón, intentó decir, sintiendo la boca llena de sangre e intentado recordar una oración mientras el rostro huesudo de Cristo a su lado, iluminado por la luz de la calle, se oscurecía rápidamente.

Mandrake

Yo jugaba con las blancas y avanzaba el alfil en fianchetto. Berta preparaba un fuerte centro de peones.

Aquí es el despacho del doctor Paulo Madeiros, dijo mi voz en la grabadora del teléfono dando a quien llamaba treinta segundos para dejar su mensaje. El individuo a quien decía llamarse Cavalcante Méier, como si hubiera un parentesco entre los dos apellidos, y que estaban intentando complicarlo en un crimen, pero —tlec— los treinta segundos se acabaron antes de que pudiera terminar de decir lo que quería.

Siempre llama la gente cuando uno está en lo más duro de la partida, dijo Berta. Bebíamos un vino de Faísca.

El tipo volvió a marcar pidiendo que le llamara yo a su casa. Un teléfono de la zona sur. Contestó una voz vieja, reverencial, como si estuviera acostumbrada a aquel tono. Era el mayordomo. Fue a llamar al señor.

Hay un mayordomo en la historia. Ya sé quién es el asesino. Pero a Berta no le hizo gracia. Aparte de su afición al ajedrez, todo lo tomaba en serio.

Reconocí la voz de la cinta: lo que tengo que decirle es algo muy personal. ¿Puedo pasar por su despacho?

Estoy en casa, dije, y le di la dirección.

Has fallado, bebé (Berta Bronstein), dije, al tiempo que marcaba.

¿El doctor Madeiros? ¿Cómo va eso?

Madeiros dijo que la situación no era tan grave, pero tampoco tranquila. Madeiros sólo pensaba en política, había tenido algo que ver en los inicios de la Revolución y, a pesar de que su despacho de abogado era el mejor de la ciudad, no lograba liberarse de la nostalgia del poder. Le pregunté si conocía a un Cavalcante Méier.

Todo el mundo lo conoce.

Pues yo no. Hasta pensé que podría tratarse de un nombre falso.